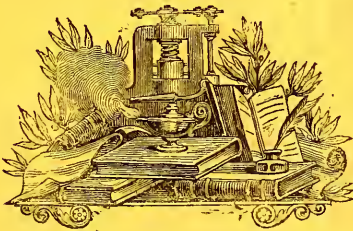


Egilona

3911

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION
DE LAS MEJORES OBRAS
DEL TEATRO
ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL
Y DEL ESTRANJERO,
POR
LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:
LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
 Un tercero en discordia
 Un novio para la niña.
 Otro diablo predicador.
 Me voy de Madrid.
 La redaccion de un periódico.
 Las improvisaciones.
 Una de tantas.
 Muérete y verás.
 El amigo mártir.
 Todo es farsa en este mundo.
 D. Fernando el emplazado.
 Medidas extraordinarias.
 El poeta y la beneficiada.
 Ella es él.
 El pró y el contra.
 El hombre gordo.
 Flaquezas ministeriales.
 El hombre pacífico.
 El qué dirán.
 Un día de campo.
 El novio y el concierto.
 No ganamos para sustos.
 Bellido Dolfos.
 ¿Una vieja!
 El pelo de la dehesa.
 Lances de carnaval.
 Pruebas de amor conyugal.
 El cuarto de hora.
 La ponchada.
 El plan de un drama.
 Dios los cria y ellos se juntan.
 Cuentas atrasadas.
 Mi secretario y yo.
 ¿Qué hombre tan amable!
 Los hijos de Eduardo.
 Engañar con la verdad.
 Los primeros amores.
 A la zorra candilazo.
 El amante prestado.
 Un paseo á Bedlan.
 Mi tío el jorobado.
 La familia del boticario.
 El segundo año.
 La loca fingida.
 No mas muchachos.
 Mi empleo y mi muger.
 La primera leccion de amor.
 Lo vivo y lo pintado.
 La pluma prodigiosa.
 La Batelera de Pasages.
 La mansion del crimen.
 La escuela de las casadas.
 El Editor responsable.
 ¿Estaba de Dios!
 Blanca de Borbon.
 Carlos II el hechizado.
 Rosmunda.
 D. Alvaro de Luna.
 El entremetido.
 Un novio á pedir de boca.
 Un frances en Cartagena.
 Por no decir la verdad.

Rodrigo.
 Carlos V en Ajofrin.
 Cuidado con las novias.
 Un monarca y su privado.
 El dia mas feliz de la vida.
 El vigilante.
 La escuela de los viejos.
 El vaso de agua.
 Un casamiento sin amor.
 Matilde.
 D. Trifon.
 Masaniello.
 Atrás!
 Guzman el bueno.
 El amigo en candelero.
 El Trovador.
 El page.
 El rey monje.
 Magdalena.
 El bastardo.
 Samuel.
 Dandolo.
 El encubierto de Valencia.
 Batilde ó América libre.
 Margarita de Borgoña.
 La pandilla.
 D. Juan de Marana.
 Calígula.
 Zaida.
 Juan de Suavia.
 El caballero leal.
 El premio del vencedor.
 Gabriel.
 Las bodas de Doña Sancha.
 Los amantes de Teruel.
 Doña Mencía.
 La redoma encantada.
 La visionaria.
 Los polvos de la madre Celestina.
 El amo criado.
 Ernesto.
 El barbero de Sevilla.
 Alfonso el Casto.
 Primero yo.
 El abuelito.
 El Bachiller Mendárias.
 Macias.
 No mas mostrador.
 Roberto Dillon.
 Felipe.
 Un desafio.
 Arte de conspirar.
 Partir á tiempo.
 Tu amor ó la muerte.
 D. Juan de Austria.
 D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
 Tanto vales cuanto tienes.
 Solaces de un prisionero.
 La morisca de Alajuár.
 El crisol de la lealtad.
 Finezas contra desvios.
 Guillermo Tell.
 El gran capitán.

El desengaño en un sueño.
 Mas vale llegar á tiempo.
 Ganar perdiendo.
 Cada cual con su razon.
 Lealtad de una muger.
 El zapatero y el rey 1.^a pa
 Apoteosis de Calderon.
 El zapatero y el rey, 2.^a pa
 El eco del torrente.
 Los dos vireyes.
 La corte del Buen-Retiro.
 Bárbara Blomberg.
 D. Jaime el conquistador.
 Higuamota.
 La aurora de Colon.
 El conde D. Julian.
 Cerdan, justicia de Aragón
 Contigo pan y cebolla.
 Tal para cual.
 Las costumbres de antaño.
 El jugador.
 Del mal el menos.
 Toros y cañas.
 Quien mas pone pierde ma
 Rivera.
 El rigor de las desdichas.
 Las simpatias.
 El diablo cojuelo.
 Las ventas de Cárdenas.
 Dos validos.
 La tumba salvada.
 El Tasso.
 Acertar errando.
 Hacerse amar con peluca.
 Shakespeare enamorado.
 Máscara reconciliadora.
 El testamento.
 El gastrónomo sin dinero.
 Miguel y Cristina.
 La vuelta de Estanislao.
 Las capas.
 Un ministro!!!
 Quiero ser cómico.
 El ambicioso.
 Marino Faliero.
 El marido de mi muger.
 Jacobo II.
 El rey se divierte.
 La muger de un artista.
 La segunda dama duende.
 Un alma de artista.
 Una ausencia.
 Mateo.
 Amor de madre.
 El honor español.
 La sociedad de los trece.
 Los perros del monte de
 Bernardo.
 El héroe por fuerza.
 Bruno el tejedor.
 De un apuro otro mayor.
 Empeños de una venganza
 ¡ Es un bandido!

EGILONA.

Drama trágico

EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS

POR

LA SEÑORITA DE AVELLANEDA.

Justina Gómez de Huel



MADRID.

IMPRESA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Febrero de 1845.

INTERLOCUTORES.

EGILONA.

RODRIGO.

ABDALASIS.

HABIB.

CALEB.

ZEYAD.

ERMESENDA.

GODO 1.º

GODO 2.º

UN PAGE ÁRABE.

Guardia de Abdalasis, pueblo, guerreros musulmanes.



La escena pasa en Sevilla á fines del año 715 de J. C.



Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de Don Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Á LA APRECIABLE ACTRIZ

Sra. Doña Bárbara Camadríd de Salas.


A usted ofrezco, amable Barbarita, esta última produccion de un talento pobre y debilitado por la enojosa y tenaz enfermedad que hace algun tiempo ataca mis nervios y mi cerebro.

La desconfianza que me caracteriza, aumentada por tales antecedentes, me retraería sin duda de hacer á usted esta leve demostracion de mi grande afecto, si la circunstancia de haber sido escrita Egilona á petición de usted y para la funcion dedicada á su beneficio, no me hiciese mirar casi como un deber el consagrársela completamente.

El talento de usted, que tanto contribuyó al dichoso éxito que obtuvo há poco tiempo mi Principe de Viana, es lo que me alienta á esperar un favorable resultado de la ejecucion de este nuevo ensayo dramático, que con no poco temor voy á someter al inapelable fallo del público.

Cualquiera que este sea, á usted dedico aquel, á usted se lo recomiendo, y usted se servirá aceptarlo como expresion mezquina, pero sincera, de la afectuosa amistad que le profesa

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill



Acto primero.



El teatro representa un dilatado y pintoresco jardín del palacio del Emir Abdalasis, situado á la inmediacion de Sevilla. Al fondo, ó donde convenga, se verá un costado del palacio, que estará iluminado como para una fiesta. Caleb aparece reclinado en un banco de césped, fijos sus ojos en el alcázar. Es una hora avanzada de la noche, y á fines del acto comienza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

CALEB.

¡ Todo es placer allí! ¡ todo alegría
para quien ve su dicha coronada!
Del aparente júbilo el bullicio,
el resplandor de las brillantes hachas,
que privan á la noche silenciosa
de sus tinieblas y profunda calma...
¡ todo al amante venturoso adula,
y todo irrita mis furiosas ansias!
Siempre, sin merecerlo, fue conmigo
de sus favores la fortuna avara,
y pródiga la vi con Abdalasis.
¡ Oh funesto mortal! ¡ en hora aciaga
á tu padre y á ti llevó la suerte
á pisar las arenas mauritanas,
para que fuese tu primer trofeo

la esclavitud de mi infelice patria!
 Víla sumisa bendecir tu yugo,
 y la mano besar que la ahogaba:
 y yo mismo ¡oh baldon! por tus halagos
 seducido también, mi altiva raza
 desmintiendo cobarde, tus caprichos
 como ley acaté, seguí tus armas,
 y derramé mi sangre para verte
 dominador de la soberbia España.
 Pero tu gloria y la vergüenza mia
 no de los hados la injusticia aplacan:
 era preciso que en mi pecho ardieran
 de frenético amor voraces llamas,
 y que vieses mis ojos en tus brazos
 á la beldad que el corazón me abrasa.
 ¡Esposo de Egilona...! ¡cuántas dichas

(Con amarga ironía.)

le debo á tu amistad...! ¡Cuánto me halagan
 tus grandes beneficios...! ¡Sí! me has hecho
 único jefe de tu digna guardia,
 y así consigo la delicia suma
 de velar á las puertas de tu alcázar,
 mientras que tú celebras con orgullo
 tu dulce unión con la feliz cristiana.
 ¡Agradecido soy...! ¡tranquilo puedes
 en mi cariño descansar...! ¡oh rabia!
 ¡impunemente abrasarás la sangre
 de un Bereber feroz...? *(Se levanta agitado.)*

Oigo pisadas:

alguien se acerca... ¡Cielos! ¡Egilona!
 ¡la sangre siento cual hirviente lava
 por mis venas correr...! debo alejarme;
 que si aquí solo sus divinas gracias
 contemplaran mis ojos, ¡en delirio
 pudiera... ¡sí! pudiera asesinarla! *(Vase.)*

ESCENA II.

EGILONA, y en pos suya ERMESENDA.

ERM. ¡Por qué, Egilona, del palacio huyendo,
 que tu amable presencia hermozeaba,

á este recinto solitario corres,
triste arrastrando las nupciales galas?
¿Qué causa te acongoja...?

EGIL. ¡Oh Ermesenda!

ERM. Vuelve, te lo suplico, amiga cara,
vuelve á adornar con tu beldad divina
del venturoso Emir la regia estancia.
Ya sus amigos, que tu ausencia notan,
tal vez murmuren con malicia cauta,
y con tierna inquietud tu amante esposo...

EGIL. (*Interrumpiéndola.*)

¡Mi esposo has dicho...! ¡oh Ermesenda! ¡calla!
No ese nombre pronuncies... ¡mas es cierto!

¡Es mi esposo el Emir...! ante las aras
el juramento articulé solemne
que para siempre á la coyunda me ata.

ERM. ¿Y lloras al decirlo? ¿Y se sofoca
la temblorosa voz en tu garganta?
¿Qué arcano encierra tu dolor extraño?
Cuando te enlaza con cadena blanda
á tu Abdalasis próspero himeneo;
en medio de las fiestas consagradas
á la solemnidad del fausto yugo,
¿qué inconcebible pena así te asalta?
¿Qué origen tiene tu incesante lloro?
Esplicate por Dios.

EGIL. ¡Soy desgraciada!
¿Qué mas puedo decirte, tierna amiga?
Respeta por piedad mi suerte amarga.

ERM. Atónita me dejas: ¡oh Egilona!
di á tu Ermesenda la verdad: si grata
la constancia te fue de aquel cariño
que nos ligó desde la tierna infancia,
hoy en su nombre te suplico vuelvas
á aquella dulce, antigua confianza,
que así el pesar como el placer de una
hizo comun al corazón de entrambas.
No tu silencio á presumir me obligue
que al mas rendido amor eres ingrata;
que insensible contemplas las virtudes
del que es tu esposo ya; que no le amas.

EGIL. Hoy en el sacro altar nuestros destinos

para siempre se unieron: ¿y no basta que le empeñe mi fé...? ¿tambien me acusan de insensible, gran Dios...! ¿Qué mas demanda Abdalasis de mí?

ERM. La amistad sola
es quien demanda por mi voz le abras
con fraqueza tu pecho. ¿Por desdicha
te es odioso el Emir?

EGIL. ¡Odioso...! tanta
nobleza y dignidad, tanto cariño
nunca inspiraron odio, ni en el alma
de la triste Egilona hallar pudiera
tan indigna pasion facil entrada.
¡Amo á Abdalasis! ¡sí, le adoro, amiga!
y en vano ya mi labio lo callara,
pues harto á mi pesar lo está diciendo
este rubor que mi semblante baña.

ERM. ¡Rubor dices...! ¿por qué, si es Abdalasis
digno de tu aficion...? Do quier la fama
lleva su nombre y su valor publica;
do quier su gloria y su virtud se ensalza.

EGIL. ¡Gloria y virtud que causan mi vergüenza!
¡Gloria y virtud funestas á mi patria!

ERM. Es Abdalasis...

EGIL. Del Califa apoyo;
orgullo de la gente musulmana;
firme sosten del alcorán impio...
es quien á Iberia sujetó á sus plantas,
y con arroyos de cristiana sangre
regó los lauros que en su sien se enlazan.
ERM. En él son esos...

EGIL. Títulos de gloria,
timbres de honor... mas para mí de infamia.
Lo que enaltece de su nombre el brillo
es borron negro que mi lustre empaña.
¡Oh! no me obligues á espresar conceptos
que al salir de mis labios los abrasan:
no me obligues ¡cruel! á recordarte
quién poseyó la mano desdichada
que hoy á un infiel abandoné, por premio
de aquesas glorias á mi patria aciagas.
¿Y estrañas mi rubor? ¿y me preguntas

de mis tormentos la secreta causa...?
 ¡ Tal vez hoy mismo el turbio Guadalete
 la sangre goda en su corriente arrastra;
 acaso aun los huesos de Rodrigo
 en sus orillas insepultos yazgan;
 cuando su viuda ante el infame yugo
 de un criminal amor la frente baja,
 y al enemigo de su ley y pueblo
 se estrecha ansiosa con union nefanda!
 Tan tristes pensamientos...

ERM.

EGIL.

Me persiguen
 por todas partes con tenaz constancia;
 que inexorable la conciencia inquieta
 jamas su grito vengador acalla.
 Anoche mismo... ¡ oh Ermesenda! anoche,
 vispera triste de mi boda infausta,
 cuando un momento reposé, rendida,
 tras de vigilia fatigosa y larga,
 una horrible vision turbó mi sueño,
 que hora despierta á mi pesar me espanta.
 Súbito alzarse ante mis ojos miro
 de Rodrigo la imagen indignada:
 sin corona real la augusta frente,
 pero ceñida con aureola santa
 de grande desventura, nuevo brillo
 ella le presta; magestad mas alta;
 cual si el bautismo de su sangre ilustre
 borrado hubiese las antiguas manchas.
 Fijos en mí los penetrantes ojos...
 ¡ aquellos ojos do la ardiente llama
 de legítimo amor, mil y mil veces
 cual esposa feliz contemplé ufana!
 con hondo acento y ademan terrible,
 al compas de los hierros que arrastraban
 en torno suyo miseros cautivos,
 pronunció, bien me acuerdo, estas palabras:
 — De cien ciudades los escombros tristes
 altar digno te ofrecen: ¡ vé, cristiana!
 ¡ vé, digna reina, de Rodrigo esposa!
 del infiel opresor que ya te aguarda
 vé á recibir la fé: grata armonía
 será en la fiesta religiosa y fausta

el áspero crujir de las cadenas
 que el caro amante á tus vasallos labra.
 No importa , no , que de tu esposo regio
 se ignore aun la tumba solitaria :
 no la hallarás ; pero verás su sombra
 seguir tus pasos á do quier que vayas ,
 y hasta en los brazos de tu nuevo esposo
 turbar tu sueño , y recordar tu infamia.

ERM. Ese delirio tormentoso prueba
 el páunico terror que te acobarda.
 No es tu conciencia , no , la que te acusa ;
 es tu mente , Egilona , la que insana
 en su febril agitacion , produce
 ridiculos terrores y fantasmas.
 ¿Cuál es tu crimen , di? Del rey difunto
 esposa fuiste cariñosa y casta ,
 y su voluble amor pagó tu pecho
 con fé constante y con ternura rara.
 Desde el momento en que la patria nuestra
 del agareno fue mísera esclava ,
 y en las orillas del infausto rio ,
 que le dió sepultura en sus entrañas ,
 de su grandeza el postrimer despojo
 dejó en su manto el infeliz monarca ,
 con lloro amargo y oraciones pias
 fue por tu afecto su memoria honrada.
 ¿Qué mas le debes , desdichada viuda?
 ¿En qué á tu patria ni á tu stirpe agravias
 por adorar á un héroe ? Si la suerte
 á nuestra causa se mostró contraria ,
 y en la sangrienta lid , por nuestras culpas
 completo triunfo concedió á sus armas ;
 acuérdate tambien que sus victorias
 jamas manchó con bárbaras venganzas ,
 y que en el punto que partiendo Muza
 al ilustre Abdalasis fue fiada
 la potestad de Emir , su blando yugo
 respirar deja á la afligida España ,
 siendo do quier su nombre bendecido.

EGIL. De un pueblo esclavo condicion tirana
 es aquesta , ¡oh amiga ! Si justicia
 obtiene alguna vez , la juzga gracia ;

y bendice la mano que le oprime
si un breve instante respirar alcanza.

ERM. Injusta te contemplo con el héroe
en quien tus ojos cual tiranos mandan.
Su mano por la tuya dirigida
mil beneficios pròvida derrama
sobre el pueblo español, que fiel amigo
y no opresor le juzga: su alabanza
resuena por do quier. ¡Y tú le acusas,
y por amarle criminal te llamas!

EGIL. Flaca y culpable soy, pues no he sabido
como reina morir.

ERM. Como cristiana
la desventura soportar debiste.
Tu vida ¡oh Egilona! demandaba
esta patria que adoras, y el enlace
que juzgas tu baldon, es su esperanza.
Cuando á su trono te elevó Rodrigo
con inferior autoridad reinabas
que la que aquí gozaste prisionera,
y que con tu himeneo hoy afianzas.
Sí; mas que reina por tu pueblo hiciste
hora puedes hacer, y si no basta
el amor del Emir á tu ventura,
en practicar el bien debes hallarla.
¡Y quién sabe, responde, si á la dulce
y elevada mision no estás llamada,
de someter el alma de tu esposo
del verdadero Dios á la ley santa?

EGIL. Para engañar falaz á mi conciencia
mi propio corazon así me hablaba,
cuando el enlace consentí ominoso
que tarde ya mi voluntad reclaza.

ERM. Suspende tus acentos, que á este sitio
se dirige el Emir.

EGIL. Sepulte el alma
su agitacion cruel, y no trasluzca
lo que sufre mi pecho en mis miradas.

ESCENA III.

DICHAS. ABDALASIS. CALEB.

- ABD. (*A Caleb al entrar.*)
¿Que ya vinieron los cautivos dices?
- CAL. Cerca de aqui tus órdenes aguardan.
- ABD. Avisaré: retírate. (*Vase Caleb.*)
¡La veo!
Es ella: ¡sí! (*Acercándose.*)
¡Oh hermosa idolatrada!
¡Cuánto bendigo de tu corta ausencia
el pasado rigor! ¡Cuánto me halaga
en este sitio solitario hallarte,
y un breve instante, con pasion avara,
mirar tus ojos, escuchar tu acento,
y el aroma sentir que en torno exhalas!
- EGIL. De aquel sarao el ruido jubiloso...
- ABD. ¡Di! ¿no es verdad que como á mí te cansa?
¿Que necesitas como yo, bien mio,
de importunos testigos apartada
contar tu dicha al estrellado cielo,
ó en silencio escuchar las leves auras
que suspiros de amor blandas murmuran
acariciando á las floridas ramas?
¡Cuán venturosos si en la amena orilla,
que el Bétis puro con sus ondas baña,
viéramos juntos deslizar las horas
cual sus corrientes limpidas y ráudas...!
¡Mas tú suspiras...! ¡mis miradas huyen
tus bellos ojos que en la tierra clavas...!
¿De mi cariño la espresion te ofende?
¡Responde por piedad!
- EGIL. Nunca tan grata
fue tu voz á mi oido, ni en mi pecho
igual placer vertieron tus palabras.
Pero ya en breve su luctuoso manto
recogerá la noche, y fatigada
de tanta agitacion el alma mia
necesita reposo, y lo demanda
á tu ternura, á tu bondad. Permite
que algunas horas logre retirada...

ABD. ¿Quieres dejarme?

EGIL. Te suplico...

ABD. Nunca

suplicará Egilona. Ordena, manda
cual soberana en mí; mas si merece
mi tierna sumision alguna gracia,
dignate presenciar en este sitio
un acto de piedad, que te consagra
mi ardiente gratitud. Llegó la hora
de terminar la fiesta: ya el alcázar
va quedando desierto; mas en breve
otra fiesta verá la luz del alba;
mas solemne, mi bien, de tí mas digna.

EGIL. ¡Otra fiesta, señor! Solemnizada
ha sido nuestra union con regia pompa,
insultando tal vez penas amargas
que en torno nos circundan. No me es dado
olvidar que ceñidas de guirnaldas
por tus manos se ven las sienes mías,
mientras los godos tus cadenas cargan.

ABD. Libres fueron por mí cuantos cautivos
hizo la guerra cruda: tres se hallan
solamente en prisiones.

EGIL. ¡Oh infelices!

ABD. Mas esos son ¡hermosa! los que aguardan
un solo acento de tu boca pura
para ver sus cadenas quebrantadas.
Hé aquí la fiesta augusta, deliciosa,
que hora mi voz con gozo te anunciaba:
ese el acto solemne que aquí mismo
la aurora debe iluminar cercana.
Si á los tres presos que te anuncio llega
mas que á los otros mi clemencia tarda,
consejo fue de la razon, bien mio,
y culpa de su error y de su audacia.
Los dos ingratos á mi padre fueron;
por ellos su existencia vi amagada:
al otro, mal herido, moribundo,
destrozado el arnés, rota la espada,
de en medio de cadáveres sangrientos,
que alfombraban el campo de batalla,
arrancóle con brazo compasivo

un anciano guerrero : sus desgracias
 procuró mitigar ; templar sus penas ;
 mas nada consiguió , pues la arrogancia
 del inflexible godo descubria
 su altiva condicion y su honda saña.
 La prudencia de Muza mandó luego
 que con prision perpetua castigada
 fuese tanta soberbia.

EGIL. ¡ Atroz castigo !

ABD. Justa fue la sentencia , y rebocarla
 no debiera Abdalasis : mas ¿ pudiera
 el mismo Muza condenar mi falta ,
 si aquesta falta mi adorada esposa
 como prueba de amor acepta grata ?

EGIL. ¿ Con que libres serán ?

ABD. Sí , dueño caro ;

y porque nadie á tus piedades trabas
 pueda oponer jamas , orne tu diestra

(Le pone su anillo.)

el áureo anillo que do quier se acata ,
 prenda de autoridad , de mando insignia :
 de todo mi poder depositaria

te hago al cederte tan preciosa joya.

EGIL. Lágrimas dulces de placer derraman
 mis ojos , Abdalasis , y en mi pecho
 la gratitud tus beneficios graba.

Yo los acepto , sí , con noble orgullo ,
 y serán para mí deuda sagrada :

mas no exijas te ruego que á esos godos
 hoy me presente con nupciales galas.

Fui su reina , señor , y de Rodrigo
 la desastrosa muerte , aun no probada ,
 reciente yace en la memoria suya.

Para que pueda sin rubor , ufana ,
 esposa tuya confesarme al orbe ,
 haz que bendigan tus virtudes altas

los que lamentan tus sangrientos triunfos.

Justifica mi amor ; mi gloria labra
 con generosos hechos ; y tu dicha
 merece , Emir , haciendo la de España.

ABD. ¡ Yo te lo juro , sí !

EGIL. ¡ Mi Dios te escucha !

ABD. ¡Y es el tuyo mi Dios! ¡mia tu patria!
(*Se dirigen al palacio.*)

ESCENA IV.

HABIB. CALEB.

HAB. ¡Mientes, mientes, Caleb! torpe tu labio
calumnia á tu señor.

CAL. Ojalá digno
fuese de tal baldon: que antes quisiera
de la calumnia el ejemplar castigo,
que escucharte, señor, cuando confieses
que acusando al Emir, verdad he dicho.

HAB. ¿Posible fuera que el guerrero ilustre
del Califa sosten, del islamismo
glorioso defensor, por una esclava
hoy empañase de su gloria el brillo?

CAL. ¿Posible fuera que cediendo insano
de una cristiana al infernal hechizo,
al rango de su esposa la elevara
el amigo de Habib, de Muza el hijo?
Si en ese alcázar penetrado hubieses
tú mismo, noble Habib, le hubieras visto
solemnizar con fausto y pompa regia
el enlace fatal.

HAB. (*Volviendo los ojos al alcázar donde aun brillan
algunas luces.*)

CAL. ¡Cielos, qué miro!
Esas luces que aun brillan, de la alegre
fiesta que terminó fueron testigos;
y en todas partes hallarán tus ojos
del suntuoso festin nobles vestigios.

HAB. En hora triste á tus umbrales llego,
desventurado Emir. ¡Oh, maldecido
el momento fatal en que dejando
de la Cantabria los nevados riscos,
corrí á Sevilla de abrazarte ansioso
maldiciendo lo largo del camino!
¡Fuesen mis ojos de la luz privados
antes que ver tu mengua, insano amigo!
¡Primero que escuchar tus desaciertos

- ensordecer debieran mis oídos!
- CAL. ¡Oh! plegue al cielo que el funesto enlace que motiva tu pena, sea el delito único de Abdalasis: ¡que en su fama ese solo borron haya caído!
- HAB. ¿Qué quíeres indicar?
- CAL. ¡Nada! si osado acusase al Emir el labio mio, otros tal vez sus hechos ensalzaran.
- HAB. Expícate, Caleb: habla: ¡lo exijo!
- CAL. De Abdalasis, señor, los musulmanes se quejan á una voz, mas su prestigio es grande con los godos, y lo aumenta con grandes y ostentosos beneficios. Esposa llama á la española esclava; las cadenas arranca á los cautivos; y mas que el alcorán se reverencian en su palacio los cristianos ritos.
- HAB. ¡Caleb! ¿qué dices?
- CAL. Sus bondades pagan los infieles, señor, con fiel cariño, y en el esposo de su reina miran un digno sucesor de don Rodrigo; en cuya frente la corona goda...
- HAB. No digas mas, Caleb; veneno activo derraman en mi pecho tus palabras. ¿Mas puede en el Emir hallar abrigo tan infame traicion? ¡Dios de Mahoma! ¿tus santas leyes condenó al olvido el hijo de aquel Muza, cuyo ejemplo la senda le enseñó del heroismo?
- CAL. Es, noble Habib, del ambicioso el alma profunda sima, piélagos intranquilo; se abre al impulso de contrarios vientos, mas nada llena su insondable abismo.
- HAB. Oye, Caleb: mi corazón rechaza tu horrible acusacion: yo necesito pruebas para creer: ¿las tienes? ¡dime!
- CAL. ¡Calla! viene el Emir.
- HAB. ¿Con qué motivo á deshora la esposa abandonando aquí el albor le encuentra matutino?

- CAL. Ocúltate á su vista : muy en breve
sabrás á lo que viene.
- HAB. Su designio
de su labio sabré.
- CAL. ¡Sabrás engaños!
de tí se burlará : tras aquel tilo
acéchale encubierto.
- HAB. ¡Miserable !
yo arranco la verdad , pero no espío.
- CAL. Mas si te encuentra aqui , su crudo enojo
sobre mí recaerá : yo te suplico...
- HAB. ¿Pues qué misterio su venida encierra ?
- CAL. Viene , señor , á quebrantar los grillos
de tres nobles cristianos , condenados
á perpetua prision por Muza mismo.
- HAB. ¡Basta , basta , Caleb ! dile á tu dueño
que está en Sevilla Habib : que sin testigos ,
antes que el sol á su zenit se encumbre ,
hablarle quiero en solitario sitio. (*Vase.*)
- CAL. ¡Esposo idolatrado de Egilona !
no siempre el hado te será propicio :
si rival de tu amor no pude nada ,
¡ algo habré de poder como enemigo !
(*Vase.*)

E S C E N A V.

ABDALASIS.

¡Cuán plácido y sereno nace el dia !
¡Qué azul el cielo ! ¡ el aire qué benigno !
Con cualquier nombre que el mortal te adore ,
¡ infinita bondad ! ¡ poder divino !
que das al cielo luz , al campo flores
y al corazon amor , ¡ yo te bendigo !

ESCENA VI.

ABDALASIS. CALEB. RODRIGO. GODO 1.º GODO 2.º GUARDIAS.

(Los tres cristianos, con cadenas y rodeados de la guardia, permanecen al fondo del teatro, y Caleb se adelanta.)

CAL. Ilustre Emir, tu superior mandato
esperan los cristianos.

ABD. Conducidlos
á este lugar.

CAL. ¡ Señor! en tu presencia
los tienes ya: llegad, godos cautivos:
(Se acercan los godos.)
es Abdalasis, el Emir de España,
el que mirando estais: bajad sumisos
ante sus plantas la cerviz soberbia,
y como á dueño...

ABD. No: ¡ yo lo prohibo!
solo ante Dios se humillan los valientes.

ROD. (Encarándose á Caleb.)

¡ Y solo un siervo necesita oírlo!

GODO 1.º (A Rodrigo, bajo.)

Reprimete, señor, si de tu nombre
no quieres dar al agareno indicio.

ABD. ¡ Guerreros españoles! si contraria
la suerte de la guerra, inútil hizo
vuestros nobles esfuerzos, la victoria
no dió su palma á vencedor indigno,
ni al férreo yugo de feroz tirano
postró fortuna vuestro noble brio.
Walid Abulabás, Califa escelso,
del orbe luz, sosten del islamismo,
es el señor de España, y en su nombre
gobierno como Emir estos dominios.
En uso del poder que me ha fiado
hoy quiero ser de su piedad ministro,
y os restituyo con sincero gozo
la libertad perdida. Que aqui mismo
caigan, Caleb, sus ásperas cadenas,
(La guardia quita las prisiones á los cautivos.)
y por mis propias guardias protegidos
vuelvan á sus hogares.

CAL. Tus mandatos
exactamente cumpliré.

ABD. Tranquilos
y dichosos vivid, godos ilustres;
que no es tan infeliz vuestro destino
como acaso pensais. De rey cambiásteis,
mas no de condicion, y yo os afirmo
que si leales, cual espero, os hallo,
nunca en premiaros me vereis remiso.

GODO 1.º ¡Hijo de Muza! el eco de tu nombre,
la fama de virtud que has merecido,
hasta la carcel lóbrega llegaron
do tanto tiempo sepultados fuimos.
No tan feroces son los pechos godos
que nieguen la justicia á un enemigo,
y á palabras de afecto correspondan
con necio enojo ó con desden esquivo.
Si como dices nuestra dicha anhelas,
haz la de España, Emir; y el cristianismo
halle en tu corazon, y halle en tu espada,
altar solemne y formidable auxilio.

CAL. Esos votos, cristiano, son insultos
al honor del Emir.

ABD. (A Caleb.) No necesito
que tú mires por él. — ¡Nobles cristianos!
como vosotros por la senda sigo
que el deber me señala; y aquel justo,
Omnipotente Dios, ser infinito,
que acoge grato los sinceros votos
con cualquier culto que le son rendidos,
inspirará mi humilde entendimiento
como cumpla mejor á sus designios.
Ya sois libres, marchad: vuestros hogares
á saludar volved: los tiernos hijos,
la anciana madre, la adorada esposa,
id á abrazar con dulce regocijo.
Condúcelos, Caleb.

GODO 1.º Con Dios te queda,
y él te ilumine, Emir.

GODO 2.º Que el beneficio
que de tí recibimos premie el cielo.

ABD. ¡A su querer someto mi albedrío!

ESCENA VII.

ABDALASIS. RODRIGO.

ABD. De una accion generosa premio ofrece
 el propio corazon ; mas cuando aspiro
 de ser amado al galardón supremo,
 con placer aceptara sacrificios
 los mas costosos al esfuerzo humano.
 ¡ Dichoso si pudiera... ! ¡ Mas qué miro !
 ¡ aqui un cristiano permanece ! Llega,
 bizarro godo , llega : ¿ no has oido
 que libertad te doy ?

ROD. ¡ Hijo de Muza !
 lo comprendí muy bien.

ABD. ¿ Que te permito
 volver á tus hogares ?

ROD. No los tengo.

ABD. ¿ A tu cara familia... ?

ROD. La he perdido.

ABD. Pero tu patria...

ROD. ¡ Esclavizada yace !

ABD. ¿ Y qué quieres de mí ?

ROD. Nada te pido.

De cuanto poseí me has despojado,
 y perderlo pudieras si yo existo.
 Toma mi vida , pues , y así asegura
 tu intrusa autoridad.

ABD. Tu desvarío
 perdona mi clemencia : nunca , godo ,
 despojó mi codicia á los vencidos.
 Nada te debo , misero , y ahora
 la libertad te doy.

ROD. No la recibo
 sin que sepas , infiel , que usaré de ella
 solo para tu daño , y esterminio
 de tu pérfida raza.

ABD. ¡ Qué locura !

Mi compasion escitas : te repito
 que eres libre , cristiano ; sal al punto ;
 y jamas á mi vista...

ROD. No al olvido

tu imprudencia condena mis palabras ;
 pues yo te advierto que si el don admito
 que á fuer de generoso aqui me ofreces ,
 á nada , Emir , por gratitud me obligo ;
 que tu contrario soy ; que te aborrezco...
 ¡ y seguro no estás si yo respiro !

ABD. (*Retrocediendo ante el ademán amenazante con
 que pronuncia Rodrigo las últimas palabras.*)

¡ Ah ! ¡ qué intentas , traidor... ? ¡ Asi te atreves
 porque inerme me ves... ?

ROD. Yo estoy lo mismo ;
 y aunque mil armas en mi mano vieras ,
 no las debes temer en este sitio.

ABD. Me pruebas con tus locas amenazas...

ROD. (*Con dignidad.*)

¡ Que tu enemigo soy , no tu asesino !

ABD. Pues bien , ¡ cristiano ! si volverte puedo
 esos perdidos bienes ; si á mi arbitrio
 tu ventura se encuentra , yo te juro
 que quedarás contento ; pues tu brio
 y atrevido lenguaje me descubren
 un grande corazón.

ROD. Lo que he perdido
 solo de mi constancia y de mi arrojo
 depende recobrar.

ABD. ¡ Cómo , si has visto
 que contraria la suerte á tu monarca
 su ruina decretó , y estos dominios
 sometió á nuestras armas ?

ROD. ¡ Vi vendida
 mi desdichada patria ; vi que tinto
 en española sangre has empuñado
 de usurpado poder el cetro inicuo !

ABD. ¡ Díome aquese poder mi heroico acero !

ROD. ¡ La traicion te lo dió , no tu heroismo !

ABD. ¡ Basta , insolente godo ! no asi abuses
 de mi prudencia suma : ¡ sal ! Si evito
 darte el castigo que mereces , sabe
 que se lo debes al feliz destino
 que á mi presencia te conduce un dia
 que el mas dichoso de mi vida estimo.
 ¡ Vete , repito ! ¡ vete ! ¡ te perdono !

y aun hacerte otras gracias determino;
que asi venga Abdalasis sus agravios.

ROD. Muy generoso estás, y si es mi signo
que te deba favor, te ruego solo
que de un recelo me libertes.

ABD. ¡ Dilo!

ROD. La infeliz reina de la triste España
¿ es muerta ya? ¡ responde!

ABD. ¡ No! me admiro
que su destino ignores.

ROD. Sepultado
en estrecha prision, á mis oidos
no llegó de su suerte nueva alguna.
¿ Que vive me aseguras?

ABD. Te lo afirmo.

¡ Vive, cristiano! vive para dicha
y gloria de Abdalasis.

ROD. ¿ Vive, has dicho,
para tu gloria y dicha...? no te entiendo.

ABD. Esta aurora que nace, me ve unido
con fausto lazo á mi Egilona bella.

ROD. ¡ A tí, agareno...! ¡ á tí...! tu labio impío
¿ qué blasfemia pronuncia?

ABD. ¡ Miserable!

¿ aun quieren provocar tus desatinos
mi adormido furor?

ROD. *(Con extrema agitacion.)* ¡ No...! mas la reina
y su suerte infeliz, ¿ en qué contigo
puede enlazarse...? ¡ di...!

ABD. Yo soy su esposo.

ROD. ¡ Mientes, árabe vil!

ABD. ¡ Cómo reprimo
mi justa saña...! ¡ temerario!

ROD. ¡ Mientes!
¡ Cien veces, sí, cien veces te lo digo!
Calumnias, cual infame, de una reina
la noble desventura; ¡ mas yo vivo!
¡ Yo vivo, musulman, y te desmiento,
y, si tienes valor, te desafio
á probarme, do quieras, si tu alfange
es tan ligero cual tu lengua!

ABD. ¡ Altivo

é imprudente cristiano! di tu nombre :
 ¿quién eres, dime, que con tanto ahinco,
 la verdad rechazando, necio piensas
 por la reina mostrar un celo altivo?
 ¿Quién eres, godo?

- ROD. ¡Mírame, agareno!
 mírame bien, y en mi semblante escrito
 aquel odio verás con que mi nombre,
 callando el labio, á mi pesar publico.
 ¡Mírame, musulman! que aquesta frente
 que indignamente despojada ha sido;
 mas donde ven tus ojos, con espanto,
 de regia magestad fulgente brillo;
 y esta mirada que te abrasa, y este
 impávido valor del pecho invicto,
 á pesar de tu cólera te dicen
 que un corazon real en él abrigo.
 ¡Te lo dice tambien tu propio pecho;
 tu propio corazon lo dice á gritos;
 pues que tú vencedor, yo derrotado;
 tú con poder inmenso, yo cautivo;
 ese temblor que por tus miembros vaga
 te prueba ¡usurpador! que soy Rodrigo!
- ABD. ¡Rodrigo...! ¡mientes, desdichado, mientes!
 Rodrigo pereció: su cuerpo frio
 el Guadalete sepultó en sus ondas.
- ROD. ¿Dó está Egilona? ¡venga! ¡yo lo exijo!
 ¡Venga, y sus ojos en mis ojos clave!
 ¡Yo la reclamo, infiel! ¡soy su marido!
 Hija y muger de rey, cual digna reina
 debe vivir ó perecer conmigo.
- ABD. ¡Tú su marido, miserable! ¡Calla!
 ¡Calla, voz infernal...! ¡oh! ¡yo deliro!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. ERMESENDA, *dentro*.

- ERM. ¿Dó está el Emir, Caleb? vengo en su busca.
 ABD. ¡Ermesenda! ¡gran Dios!
 ROD. Como testigo
 el cielo la conduce.

- ERM. (*Dentro todavía.*) Di á Abdalasis
que de orden de su esposa aqui he venido:
que le llama Egilona.
- ROD. ¡ Que le llama
Egilona...! ¡ gran Dios...! ¡ fuego respiro!
(*Queriendo salir al encuentro de Ermesenda.*)
¡ Llega, Ermesenda, llega!
- ABD. (*Deteniéndole.*) ¡ Desdichado!
¡ Hola! ¡ Guardias...! ¡ Caleb! Sea sumido
(*Sale la guardia y Caleb.*)
este traidor en hondo calabozo.
- ROD. (*Fuera de sí.*)
Ven, Ermesenda, y el mensaje digno
de tu reina pronuncia.
- ABD. (*A su guardia.*) ¿ Qué os detiene,
villanos...? Tú, Caleb: yo te lo fio:
tu cabeza responde: sin demora
á un hondo calabozo... ¡ y con sigilo!
- ROD. (*Cercado de soldados, que lo empujan dentro.*)
¡ Hé aqui de tu nobleza la alta prueba!
¡ De un musulman este es el heroismo!
Cual tu poder afirma tus amores,
pues otra vez lo que te dije digo:
que tu enemigo soy, que te aborrezco,
y seguro no estás si yo respiro.
(*Vase con Caleb y guardias.*)

ESCENA IX.

ABDALASIS. ERMESENDA.

- ABD. (*Con extrema agitacion.*)
¡ Oh! ¡ yo te haré callar, infame godo!
¡ castigaré cruel el artificio
de tu infernal malicia... tu impostura
has de expiar con bárbaro martirio!
- ERM. (*Entrando.*)
¿ No me engaño, señor? ¿ es un cristiano
al que preso conducen? No lo he visto;
mas tus palabras de furor llegaron
con espanto del pecho á mis oidos.
- ABD. (*Con turbacion.*)
Su enorme crimen... mas ¿ de un godo oscuro

què te importa la suerte? Te prohibo que una sola palabra á mi Egilona digas sobre este asunto. ¡Si un descuido tuvieras por desdicha...! ¡no lo olvides! que la ley del silencio aqui te intimo.

ERM. Con estupor te escucho , y en tu rostro tal trastorno contemplo...

ABD. (*Preocupado.*) Su delito no puedo perdonar : nadie se atreva á suplicar por él.

ERM. Solo te pido...

ABD. (*Interrumpiéndola.*)
¿Dó está Egilona?

ERM. Llámate afanosa ,
pues de terror su pecho poseido ,
mil quimeras se forja que la espantan.

ABD. (*Esforzándose por disimular su agitacion.*)
¡Flaqueza femenil! ¡yo estoy tranquilo!

ERM. Ven á calmar su agitacion.

ABD. Al punto
á su presencia voy ; que mi cariño
y mi deber me ordenan ni un momento
abandonar mi esposa.

ERM. Yo te guio
á do te aguarda. ¡Sigueme!
(*Aparte al salir.*) ¿Qué estraño
sentimiento le agita? (*Vase.*)

ABD. ¡No vacilo!
¡Su esposo soy! el hórrido secreto
en aquel pecho quedará escondido :
¡muda por siempre la funesta boca
que insana pronunció vive Rodrigo!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.



Salon del palacio del Emir Abdalasis, amueblado lujosamente al estilo árabe.

ESCENA PRIMERA.

EGILONA. ERMESENDA, *entrando.*

EGIL. (*Sentada.*)
¡Sola vuelves, oh amiga...! ¿Y Abdalasis?
¿Ignora que le llamo?

ERM. A tu presencia
en breve le verás: mis pasos sigue;
mas, cual si tu terror contagio fuera,
grabada notarás en su semblante
la agitacion que el alma te atormenta.

EGIL. Causar disgusto á aquellos que me adoran
es, Ermesenda, mi fatal estrella.
¡Sí! la zozobra, que cambato en balde,
los fúnebres presagios que me asedian,
mi palidez profunda, y este llanto
que involuntario mis mejillas riega,
causan en el Emir la pena amarga
que en su semblante condolida observas.

ERM. Aquí le tienes ya: consuelo mútuo
entrambos hallareis en la terneza
del puro sentimiento que os anima.

ESCENA II.

DICHAS. ABDALASIS.

ABD. Tiemblo al mirarla: siento que se aumenta mi agitacion fatal. — Cara Egilona, si es cierto que el mirarte no me vedas... que á tu lado me llamas...

EGIL. Si, Abdalasis: busqué reposo en vano: me amedrenta la misma soledad que antes pedia. Indulgente perdona mi flaqueza, y no condenes cual puéril capricho el mal incomprensible que me aqueja. Presto se calmará: lo espero: dime una vez, y otra vez, que tu alma espera ventura de mi amor; quiero escucharte, que con tu acento el corazon sosiegas. Vierta en mi pecho dulces esperanzas la sublime espresion de tu alma bella: numéreme tu voz los beneficios que con tu mano generosa siembras en el suelo español: las bendiciones que recoges do quier.

ABD. (*Turbado.*) ¡Tanto exagera tu bondad ¡oh Egilona! mis virtudes, que te escucho turbado!

EGIL. Son tus prendas mi sola excusa, si: cuando culpable... perdona, noble Emir, torpes no aciertan mis labios á espresar mis pensamientos. ¡Tan conmovida estoy...! Si las cadenas rompiste ya de los cautivos godos, quiero que aqui su gozo me refieras, su gratitud profunda; que al oírte lágrimas dulces verteré, y serena tal vez el alma, con placer se abra á otra emocion mas viva y halagüeña. Háblame, pues, de tus piedades: dime que debe ser mi amor tu recompensa.

ABD. (*Cada vez mas agitado.*) ¡Tu amor...! ¡no lo merezco! mas si debes

compadecer la desventura inmensa...
 si concibe tu pecho los combates
 que sosteniendo estoy... si la funesta
 pasión que me devora has comprendido...
 ¡oh Egilona! ¡piedad...! ¡por qué te empeñas
 en desgarrarme el alma; én oprimirme
 con insidiosa voz...?

EGIL.

Si las quimeras
 que se forja mi mente con enfado
 observas; ¡oh Abdalasis! si condenas
 mis femeniles ansias; si te ofenden
 tristes recuerdos que escitar debieran
 tan soló tu piedad... debes al menos
 no articular la inmerecida queja
 que el enojo te dicta. Si este grave
 solemne día á mi pesar despierta
 tormentosas memorias, que en el alma
 inútilmente sepultar quisiera,
 antes que exacerbar las penas mias
 tu tierno corazón las compadezca.
 ¡Ay! ¡que no sabes, no, cuántos delirios
 perturban mi razón y mis ideas!
 Delirios son, lo sé; mas lucho en vano
 por contrastar su pérfida influencia.
 Tristes ensueños, fúnebres visiones
 me persiguen doquier; y en la hora mesma
 que de tu lado me aparté, buscando
 aquel reposo que de mí se aleja,
 los presagios funestos de mi pecho
 sentí crecer con invencible fuerza.
 Mi opaca, triste y silenciosa estancia
 tumba me pareció, y helada y densa
 la atmósfera sentí. Con miedo insano
 corrí veloz á la rasgada reja,
 á ver del sol naciente los fulgores
 y á respirar las auras lisonjeras
 que del jardín en las floridas plantas
 iban bebiendo plácidas esencias.
 Mas ¡cuál se pierde la ofuscada mente,
 y qué prodigios el terror engendra...!
 Aquellas auras, que busqué afanosa,
 hasta mi oído los acentos llevan

de una indignada voz, que no distante
 contra mí lanza acusacion tremenda.
 ¡ Oh Abdalasis! pensé que de Rodrigo
 escuchaba la voz, que bronca y fiera
 las terribles palabras repetia
 que en pesadilla prolongada, acerba,
 soñé escucharle. La locura entonces
 mis sentidos turbó de tal manera
 que ante mis ojos la iracunda imagen
 miré cruzar cual rápida centella,
 que en breve se perdió. Mas del fantasma,
 bien que fugaz, mi corazón conserva
 un exacto recuerdo. De mi esposo
 era la talla, el aire, la fiereza...
 Sus ojos vi con rápida mirada
 rayos lanzar de claridad siniestra,
 al sacudir con impotente ira
 los duros hierros de su mano regia.
 Despareció del bosque en la espesura
 la espantosa vision; pero sus huellas
 imaginaba en mi fatal delirio
 que iba siguiendo con veloz carrera
 tu propia guardia, Emir. ¡ Oh! no indignado
 de mí apartes los ojos: no prevengas
 reconvencion severa al extravío
 de mi triste cerebro. Tu presencia
 benéfica lo calma.

ABD. (*Cuya turbacion llega casi al extravío.*)

Sí; te creo.

Serás dichosa cual lo soy: ya cesan
 nuestros temores todos: ¡ mi ternura
 siempre hallarás tan viva, tan intensa...!

EGIL. Y en mí la gratitud, que á tus bondades
 tributa el corazón, vivirá eterna.

ABD. Si un esposo perdiste que la tumba
 en sus abismos para siempre encierra,
 otro aceptaste voluntaria: ¡ mia
 eres ya... ¡ no lo olvides! sin que puedas
 faltar jamás al juramento sacro
 que de tu labio recibí.

EGIL. Me afrentas
 con esa duda, Emir.

ABD.

¡ Y nunca ! ; nunca
tu tirana virtud me reconvenga,
si con delitos mil compro una dicha
que injusto el cielo á mi virtud le niega!

EGIL.

¿ Qué estás diciendo !

ABD.

¡ No lo sé... ! me turban
tus terrores insanos... me enajena
una pasión voraz , irresistible...
perdona compasiva : mi cabeza
siento turbarse mas y mas... te ruego
permitas que me aleje.

EGIL.

Con sorpresa
¡ oh Abdalasis ! te escucho.

ABD.

Muy en breve
puede, Egilona , que á tu lado vuelva,
y mas tranquilos ambos... ¡ Necesito
el aire libre respirar , que espesa
y ardiente , aquí la atmósfera me ahoga!

EGIL.

¡ Estás conmigo y alejarte anhelas !

ABD.

Solo un instante...

EGIL.

Vé ; no te detengo.

(Abdalasis la besa la mano , y se retira.)

ESCENA III.

EGILONA. ERMESENDA.

EGIL.

¡ Qué mudanza , gran Dios ! Ven , Ermesenda.
¡ Qué dices del Emir... ? estoy confusa.
¡ Le llamo cariñosa y él se aleja... !
¡ Le ofendí acaso... ? dime : ¿ qué motivo
recelas tú que sus enojos tengan ?

ERM.

Cuando acentos de amor buscó en tu labio
la relacion oyó de las quimeras
que forja tu delirio , y que le ofenden.
Pero otra causa mi malicia encuentra
á su gran turbacion.

EGIL.

¿Cuál es ?

ERM.

Piadoso,
y anhelando agradarte , las cadenas
prometió quebrantar de los cristianos
que suspiraban en prision estrecha ,

y de faltar á su promesa grave
el sonrojo y baldon tal vez le inquietan.

EGIL. ¡Faltar á su promesa! ¡No es posible!

ERM. Conozco la bondad de su alma recta;
le estimo; le venero; pero fundo
en indicios vehementes mis sospechas;
y la amistad me manda te los diga,
á pesar de las órdenes severas
con que el silencio me intimó.

EGIL. Te escucho:

habla presto, por Dios, no te detengas.

ERM. Con franqueza lo haré. Cuando en su busca
al jardin me mandaste, vi que...

EGIL. ¡Cesa!

Oigo rumor de pasos.

ERM. No te engañas:

él es, que vuelve.

EGIL. ¡Ven! que no me vea:

antes quiero escucharte. Ven conmigo.

ERM. Siempre á seguirte me hallarás dispuesta.

ESCENA IV.

ABDALASIS, *al entrar.*

¡No, no puedo dejarla! sin su vista
todo es silencio, soledad, tristeza...

¡Mas se alejó...! castiga mi desvío
huyéndome tambien. ¡Yo quiero verla!

*(Hace ademán de entrar por donde se retiró Egilona, y
al punto se detiene.)*

¡Egilona! ¡mi bien...! ¡Ah! sus encantos
cual poderoso iman tras sí me llevan:
mas si la miran mis ardientes ojos
me turban, me fascinan, me enagenan,
y en el delirio que me asalta, al labio
el arcano cruel salir pudiera.

(Siéntase abatido.)

Un instinto fatal harto le anuncia
la atroz verdad que en rechazar se esfuerza
mi débil corazon. ¡Ella le ha visto!
Ilusion lo creyó; ¡mas no lo era!

Aquel que desde el seno de la tumba
 fue de mi dicha rémora funesta,
 ahora revive por mi mal ; ahora
 cerca de mí respira... ¡ de ella cerca !
 ¡ Mas no , no puede ser ! ¡ Vuelva al sepulcro !

(Se levanta agitado.)

¡ Basta su sombra á mi enemiga estrella ;
 basta á mi padecer que su recuerdo
 en el alma que adoro eterno sea !
 No habrá de arrebatarme , no , ¡ lo juro !
 la incompleta ventura que me deja :
 mia es por siempre la beldad que adoro ,
 y en su seno feliz mi alma serena...
 ¡ serena el alma si á sus brazos llevo
 manchada en sangre la homicida diestra... !
 ¡ Y en la sangre... ¡ qué horror... ! de un desdichado
 que todo lo perdió ; que aqui se encuentra
 cautivo en mi poder... ! ¡ Y el seno puro
 de su viuda infeliz descanso diera
 al asesino vil... ! ¡ bajo mi mano
 palpitara de amor... ! ¡ No ! ¡ no ! sangrienta
 en medio de los dos la airada sombra
 viera alzarse de súbito , y tremenda
 la voz de la conciencia atormentada
 denunciara mi crimen. ¡ Oh violenta
 interminable lucha... ! Cien impulsos
 siente á la vez mi corazón.

(Vuelve á caer desfallecido en la silla que ocupó antes.)

ESCENA V.

ABDALASIS. CALEB.

CALEB.

Te ruega
 tu noble amigo Habib que en este sitio
 te dignes escucharle.

ABD.

Siempre abierta
 halló mi estancia Habib.

(Vase Caleb.)

Tal vez mitigue
 mi atroz delirio su razon austera :
 tal vez encuentre en su amistad consejo.

ESCENA VI.

ABDALASIS. HABIB.

- ABD. (*Saliendo al encuentro de Habib.*)
Llega, querido Habib: ¡cuánto celebra
mi corazón tu vuelta! Que en sus brazos
Abdalasis te estreche.
- HAB. ¡Tente! ¡espera!
Antes que amigo tus halagos busque,
celoso musulmán á tu presencia
me conduce el deber.
- ABD. ¡El deber dices?
- HAB. ¡El deber dije, Emir!
- ABD. Haz que comprenda
de esas palabras el sentido.
- HAB. Fácil
te será comprenderlo, si recuerdas
que del Califa, nuestro dueño augusto,
soy súbdito leal, y del Profeta
discípulo celoso.
- ABD. No lo olvido.
- HAB. Tampoco olvidarás que la prudencia
de tu glorioso padre, el sabio Muza,
triste al abandonar estas riberas
con el viejo Zeyad, su digno amigo,
tu juventud encomendó inesperta
á mi afecto leal: que honró mi celo
ordenándote á tí que dócil fueras
á mis consejos fraternales.
- ABD. Siempre
de mi tierna amistad tuviste pruebas.
Lugarteniente te elegí, fiando
á tu pericia tropas agarenas,
que bajo el mando de tan gran caudillo
del Albortat la altiva cordillera
han recorrido siempre victoriosas,
mil lauros conquistándote do quiera.
¿Cuándo, en qué tiempo desdeñar me has visto
el deudo y la amistad que nos estrechan?
¿En qué ocasión, Habib, me hallaron sordo
tus prudentes consejos?

HAB.

Si severa
se muestra mi amistad, jamas traidora
la puedes encontrar: libre mi lengua,
la verdad te dirá, pues no conozco
servil adulacion.

ABD.

Y esa franqueza
que adorna tu carácter, bien lo sabes,
es la mayor de tus sublimes prendas.

HAB.

No há mucho tiempo, no, que yo las tuyas
exaltaba do quier; que con fé ciega
acaté tu virtud: no há mucho tiempo
que era tu nombre del honor emblema,
y la agarena juventud tenia
por estrema ambicion seguir tus huellas.

ABD.

Si tal tu afecto me juzgó, ¿qué cambio
has observado en mí que así merezca...?

HAB.

(Interrumpiéndole.)

No finjas ignorancia: no preguntes
lo que tu misma confusion revela.

ABD.

¿Qué te revela, di?

HAB.

Que de una esclava
eres juguete mísero: que en mengua
de tu pasada gloria, con infieles
en vergonzosa union aqui te encuentras,
sacrificando tu deber, tu culto,
á la impura pasion que tu alma alberga,
y que irrita, tal vez con maleficios
de infernal invencion, la frágil hembra
que caliente la sangre de su esposo
su tálamo te brinda.

ABD.

¡El labio sella!

No mi paciencia tu locura apure:
que puedo perdonarte las ofensas
que á mí solo dirijas; pero nunca
las que amenacen á la dama escelsa,
cuya heróica virtud venera España.

HAB.

España con escándalo contempla
la criminal union que tu delirio
hoy á su vista atónita presenta.
Sal si te atreves del suntuoso alcázar
donde tu insana vanidad despliega
este fausto real; donde el incienso

de los viles cristianos que te cercan
 respira con placer tu loco orgullo.
 Sal, Abdalasis, sal, y la vergüenza
 que cubre los semblantes musulmanes
 será á tus ojos evidente muestra
 del indigno baldon que al tuyo imprime
 el enlace fatal con una sierva.

ABD. Para pensar cual tú, fuera preciso
 tu ciego fanatismo y tu demencia.
 Eres tú solo quien iluso acoge
 necios errores que tu mente crea.
 Si de antiguo querer gratos recuerdos
 no te escudasen hoy, la vez postrera
 que liviano tu labio me ultrajase
 fuese aquesta ¡oh Habib...! De mi conciencia
 me basta el testimonio : mis acciones
 no al fallo de tu voz estan sujetas.
 Dios y el Califa son mis solos jueces,
 y al Califa y á Dios rendiré cuenta
 de mi conducta cuando llegue el dia
 en que ellos la demanden : mientras llega,
 solo me toca á mí pesar mis obras :
 á vosotros os toca la obediencia.

HAB. Es crimen la obediencia, si el que manda
 por eleccion de autoridad suprema
 contra ella se rebela, y en su daño
 el prestado poder ingrato emplea.

ABD. (*Con aire de amenaza.*)
 ¡Habib!

HAB. (*Con energía.*) Rebelde á tu monarca, impío,
 tu religion augusta menosprecias,
 y el cetro y la muger del vil Rodrigo
 á precio de tu honor comprar intentas.
 Pero no lo obtendrás, yo te lo juro :
 á pesar tuyo por tu gloria vela
 esta fiel amistad, que ya te enoja,
 y que tú nunca comprender pudieras.
 Si el amor del ejército te escuda
 y en él estriba tu arrogancia fiera,
 pronto conocerás que no es tan firme
 aquese apoyo como iluso piensas.
 El clamor general presto á tu oido

harán llegar en indignadas quejas
 los buenos musulmanes : ¡ no lo dudes !
 De tu palacio á las doradas puertas
 acudirán en breve : por salvarte ,
 si es menester , desplegarán la fuerza ,
 y con la sangre de la infame goda
 las manchas lavarán de tu flaqueza. (*Vase.*)
 ABD. ¡ Monstruo ! ¡ qué dices ! teme de mi saña...
 Partió el osado ; mas su furia ciega
 es de todo capaz. ¡ Oh día aciago !
 Enemigos do quier mi dicha encuentra :
 muertos y vivos contra mí conspiran ,
 y arrebatarne mi Egilona anhelan.
 ¡ Mas en vano será ! ¡ que vengan todos !
 que el cielo , el mundo y el infierno vengan
 á oponerse á mi amor : los desafío :
 provocho su furor : ¡ nada me arredra !
 Si obstáculos se ofrecen á mi dicha ,
 todos , sin escepcion , hollados sean ;
 que clemencia , deber , virtud , peligros ,
 exasperado el corazon desprecia.
 ¡ Caleb ! ¡ Caleb !

ESCENA VII.

ABDALASIS. CALEB.

CAL. Señor , aquí me tienes :
 ¿ qué me ordena tu voz ?
 ABD. Gente selecta
 doble al punto la guardia del palacio.
 CAL. Voy , digno Emir , á obedecerte.
 ABD. Espera.
 (*Se acerca á una mesa , y escribe.*)
 CAL. ¿ Te amenaza , señor , por desventura
 algun grave peligro ? ¿ Yace espuesta
 la pública quietud ?
 ABD. ¡ Caleb ! Te fio
 aqueste escrito , que un mandato encierra
 que harás ejecutar. ¡ Harto el dictarle
 (*Dándole el pliego.*)
 cuesta á mi corazon !

- CAL. Justa sentencia
de algun culpable...
- ABD. Si; razones graves
me obligan á ordenar que preso sea
hoy mi lugarteniente.
- CAL. ¡Habib...! comprendo:
tu elevacion irrita su soberbia;
y no estrañára que su mano aleve
pudiera alzar contra tí propio.
- ABD. Fuera
si me amagase á mí menor su crimen:
le perdonára yo si á mi cabeza
amenazase su insensata furia:
mas osó pronunciar lo que su lengua
condene á caso al eternal silencio.
A mi esposa ultrajó, y en su insolencia
corrió á escitar al pueblo, que presume
alucinar con engañosas muestras
de patriotismo y religioso celo.
- CAL. Mas ¿qué pretende?
- ABD. ¡Que la sangre regia
de Egilona demande el pueblo iluso:
que castigue mi amor en su existencia!
¡Insensato cruel! su sangre toda
no bastara á expiar la atroz blasfemia
que pronunció su labio. Confianza
me mereces, Caleb: que nadie entienda
lo que acabas de oír.
- CAL. Señor, tranquilo
puedes estar; conoces mi reserva.
(*Hace ademan de salir.*)
- ABD. ¡Aguarda...!
- CAL. ¿Qué me ordenas?
- ABD. (*Ap.*) ¡Suerte cruda!
¡adónde me conduces...!
(*A Caleb con esfuerzo penoso.*)
Cuando tienda
su oscuro manto la callada noche,
en la prision del godo con cautela
penetra solo: encadenado yace...
que por tu misma mano al punto muera;
pues es mi voluntad que la justicia

que se ejecute en él quede secreta.
 CAL. Todo se hará cual mandas.
 ABD. Por mí propio
 medidas graves tomaré, severas,
 que aseguren el orden: ¡yo lo fio!
 el ponzoñoso germen, que se siembra
 con maligna intencion, será estirpado
 antes que brote en la española tierra. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CALEB. *Luego* EGILONA. ERMESENDA.

CAL. Sobrado recelé que nada haría
 el fanático Habib: la sangre bella
 de una muger demanda: ¡miserable!
 En su pueril supersticion desdeña
 la propicia ocasion con que la suerte
 le brinda caprichosa: su ira necia
 perdona al que se opone á su fortuna,
 y en la cristiana con rencor se ceba.
 Yo solo debo, yo... ¡mas soy cobarde!
 nadie aqui miro que escucharme pueda:
 ¡cobarde soy...! — De todos adorado
 (*Reflexionando.*)
 es el Emir. ¡La muerte que me ordena
 dar al godo cautivo...! peligroso
 le contempla sin duda. Su sentencia
 me prueba que lo teme. — Por mi mente
 siento rodar una brillante idea:
 un pensamiento luminoso: ¡alcanza
 mucho el talento, cuando amor incendia
 con su fuego voraz el pecho duro
 que un africano corazon alberga!
 Alguien se acerca... sí; ¡y es Egilona!
 ¡Es ella! ¡me estremezco!

EGIL. Sí, Ermesenda,
 quiero verle; mi voz en sus oidos
 repetirá las pérfidas promesas
 que tan presto olvidó.

ERM. Pues tan sañudo
 contra el triste cristiano, en mi presencia

osó mostrarse , ¡ oh Egilona ! temo
que hasta tu ruego desechado veas.

EGIL. Si así fuese... ¡ mas no...! voy en su busca,
y sabré presto...

ERM. ¡ Tente...! nos acecha
el Berebere odioso que acaudilla
la guardia del Emir.

EGIL. Nunca se templa
el horror caprichoso que te causa
ese moro sumiso , que mis huellas
osa apenas mirar. Hablarle quiero.
¡ Caleb !

CAL. Divina huri , del orbe reina ,
¿ qué mandas á tu esclavo ?

EGIL. Di , ¿ Abdalasis
dónde se encuentra ?

CAL. No lo sé : con prisa
del alcázar salió .

EGIL. (A *Ermesenda*.) ¿ Oyes ? ¡ Oh amiga !
¡ Sin verme , sin hablarme ya se ausenta
el amante rendido !

ERM. Sé prudente ,
que te observa Caleb .

EGIL. Caleb , quisiera
un favor merecerte .

CAL. De tus labios
la mas leve palabra , ley suprema
es , sublime beldad .

EGIL. ¿ Yace en prisiones
un godo criminal ?

CAL. Pues le condena
tu soberana voz , monstruo le juzgo
indigno de la luz .

EGIL. Su muerte cierta
será sin duda .

CAL. Morirá , señora ,
si tal es tu querer .

EGIL. Cuando decreta
el Emir su castigo , no me toca
juzgar á mí si es justa la sentencia .

CAL. ¿ Manda el Emir su muerte ?

EGIL. Tú lo sabes .

CAL. Sé que su afecto nada te reserva,
y que tanto te adora, ¡oh Egilona!
que aquí tu voluntad todos veneran
cual infalible ley.

EGIL. Si fuese cierto
que tan grande poder, y tan estensa
autoridad gozase, de tí solo
demandara, Caleb, mezquina prueba.

CAL. *(Con calor.)*
¡De mí...! ¡De mí dijiste...? Si mi dicha
fuese tan grande ¡oh Dios! que mereciera
una demanda de tu boca... ¡hermosa
mas que el clavel fragante que con perlas
salpican los vapores matutinos...!
si placer tanto concedido fuera
a este infeliz mortal, en aquel día
la tierra toda pareciera estrecha
à mi glorioso orgullo.

EGIL. ¡Y obediente
te encontrara mi voz?

CAL. *(Con fuego.)* ¡Dudar pudieras,
tú, cuyo acento desarmara al rayo,
parára al aire y derritiera peñas?
Si lo pidieses tú, mi honor, mi vida,
mi Dios tambien te diera por ofrenda;
y glorioso me vieras con la infamia,
si una mirada tuya en recompensa...

EGIL. *(Con dignidad.)*
¡Caleb!

CAL. *(Variando de tono y con ademán sumiso.)*
¡Qué mucho que por tí mi pecho
tal entusiasmo guarde, si venera
en tu beldad la soberana joya
que es del invicto Emir fausta diadema?
¡Qué debe ser para Caleb la ilustre
reina feliz que en su señor impera?

EGIL. De ese respeto y sumision te pido
una leve señal.

CAL. *(Inclinándose.)* Todas pequeñas
serán, con mis anhelos comparadas.

EGIL. Una palabra sola.

CAL. ¡Manda, reina!

EGIL. ¿Cuándo el cristiano morirá?

CAL. Lo ignoro.

EGIL. Faltas á la verdad.

CAL. Si te interesa...

EGIL. La reserva depon, que de la mia
con juramento te aseguro.

CAL. ¿Piensas
que exista para mí temor mas grave
que el de causarte enojo?

EGIL. Con franqueza
dime, pues, la verdad: ¿cuándo?

CAL. Esta noche.

EGIL. ¡Esta noche...! ¡gran Dios!

(*Queda un instante pensativa.*)

CAL. (*Ap.*) Yace suspensa.

EGIL. ¡Caleb! no morirá: yo lo prohibo:
yo, cuya voluntad, tú lo confiesas,
es al Emir precepto sacrosanto.

CAL. ¡Y qué, señora! ¿juzgas que me atreva
su mandato á infringir...? Si lo revoca,
como hará, no lo dudes, si te empeñas
en salvar al cautivo...

EGIL. Lo revoco
en su nombre yo misma, y esta seña
(*Enseñando el anillo de Abdalasis.*)
del estenso poder que me ha fiado,
de todo compromiso te releva.

CAL. (*Inclinándose con respeto.*)
Ese sagrado simbolo respeto:
pero ¿sabe el Emir en lo que empleas
la autoridad que te confiere?

EGIL. Nada
eso debe importarte: á tu defensa
basta el decir que vistes en mi mano
este signo precioso, y que secreta
orden te dí de libertar al godo
con tanta brevedad como cautela.

CAL. ¿Y en efecto la das...?

EGIL. ¡La doy!

CAL. ¿Me mandas
romper sus hierros?

EGIL. ¡Sí!

- CAL. ¿Que abierta sea
su tenebrosa carcel?
- EGIL. ¡ Sin demora !
- CAL. *(En ademán de retirarse.)*
Complacida serás.
- EGIL. *(Deteniéndole con recelo.)*
Veo que piensas
engañarme , Caleb.
- CAL. Si mas segura
quieres quedar de mi obediencia , ordena
que aquí se deje penetrar al godo ,
y del grande favor que le dispensas
él mismo te dará debidas gracias.
- EGIL. ¿ Cuándo ?
- CAL. Esta noche.
- EGIL. *(Dudosa.)* Con placer le viera,
pero su riesgo...
- CAL. ¿ Cuál ? Ninguno tiene
queriendo tú , señora : escribe , y sella
con el anillo , del poder insignia ,
dos líneas solas.
(Se acerca á la mesa y Egilona lo sigue.)
Di que se conceda
entrada en tu jardin al que ese pliego
presente.
- EGIL. ¿ Pero quién... ?
- CAL. Guardo las puertas
del alcázar yo mismo , con mi gente ,
que advertida será , y á mi prudencia
debes fiar el que ninguno alcance
en el palacio la menor sospecha
de lo que tú me mandas y ejecuto
con justa sumision. Nada me cuesta
presentarte yo propio al desdichado
á quien libertas hoy , pues esa prenda
que te otorga el Emir , será mi excusa.
- EGIL. Mas di , ¿ qué debo hacer para que pueda
huir el cautivo de este suelo infausto
sin que nadie lo siga ó lo detenga ?
- CAL. Con un franco conducto , que tú misma
le darás esta noche , lo libertas
de todo riesgo.

EGIL. (*Escribe y le da el papel.*)

¡Bien! hé aqui la orden.

CAL. Cuando tienda la noche sus tinieblas
serás en todo complacida.

EGIL. Fio
en tu promesa.

CAL. Si, ténla por cierta.

(*Saluda y vase: al salir dice los dos últimos versos.*)

¡Idolo venerado de Abdalasis!
escudo para herirle tú me prestas.

ESCENA IX.

EGILONA. ERMESENDA.

ERM. ¡Fé te merece el mauritano, amiga?

EGIL. Poca, te lo confieso; no sosiega
mi corazon aun.

ERM. ¡Noté en su rostro
tan estraña espresion...! En sus ofertas
se ocultaba sin duda la perfidia.

EGIL. Qué mucho, cara amiga, que me mienta
ese oscuro africano, si ha mentido
Abdalasis tambien. ¡Raza funesta!
¡pérfida raza de la Arabia fruto!
¡almas sin compasion, áridas, secas,
que el mismo amor fertilizar no puede;
pues brilla como el sol en las arenas
de sus desiertos páramos, que nunca
consigue fecundar con su influencia!

ERM. Yo como tú los súbitos rigores
deploro del Emir; mas si quisiera
esplicar su conducta, acaso, amiga,
lograra disculparla.

EGIL. ¡Oh Ermesenda!
¿por qué si alcanza su perjurio excusas
con franca claridad no las alega?

ERM. Tu observacion es justa.

EGIL. Mas el triste
contra quien tanta cólera alimenta,
¿quién es? ¿en qué le ofende? descubrirlo
quiero esta noche á cualquier precio. Venga:

- sus propios labios el enigma aclaren.
 ERM. Del moro desestimo las promesas.
 ¡Acaso el preso á las eternas sombras
 en esta noche pase!
- EGIL. ¡Horrible idea!
 pero no ; no será ; me atrevo á todo
 para impedir la ejecucion sangrienta.
 No en la palabra de otro infiel fiada
 deje á un cristiano al borde de la huesa
 mi cobarde piedad. No , cara amiga ;
 salvarle debo y quiero : ¡ estoy resuelta!
 Con las primeras brumas de la noche ,
 propicias al misterio , iré yo mesma
 á la lóbrega carcel , y el cautivo
 rotas verá sus bárbaras cadenas.
 Que lejos del recinto de Sevilla
 mire brillar del sol la luz primera ,
 y si reclama la cristiana sangre
 el inhumano Emir , ¡ mi sangre vierta ! (Vase.)
- ERM. ¡ Cuántos combates la infeliz sostiene !
 ¡ de cuán varios afectos su alma llena... !
 mas gente llega : seguiré sus pasos :
 ¡ asi pudiera aligerar sus penas !

ESCENA X.

CAL E B. H A B I B.

- CAL. No persistas , señor , en tal empeño.
 Sal del alcázar , que tu vida arriesgas
 permaneciendo en él.
- HAB. Dile á Abdalasis
 que por última vez hablarle anhela
 mi ultrajada amistad : dile que antes
 que por salvar su gloria me resuelva
 á violentos extremos , necesito
 que me escuche , Caleb : que le aconseja
 mi cariño...
- CAL. Señor , que huyas al punto
 á tí te dicta el mio ; si te vieran...
 Sal sin demora ; ocúltate ; y si puedes
 véngate de un ingrato.

- HAB. No ; su afrenta ,
su oprobio labrará si le abandona
mi prudencia , Caleb ; pues le despeña
su furiosa pasion...
- CAL. ¡ Oh ! sé prudente
contigo mismo : salva tu cabeza.
- HAB. ¡ Mi cabeza !
- CAL. ¡ Señor ! Mandato tengo
de prenderte.
- HAB. ¡ Qué horror ! ¡ Prenderme... !
- CAL. Ciega
es del Emir la saña : de tu sangre
le devora la sed : sálvate apriesa ,
pues si aqui permaneces , su mandato
tendré que obedecer.
- HAB. ¡ Está sedienta
de mi saugre su rabia !
- CAL. ¿ Qué te admira ?
¿ No ves , Habib , que á su ambicion barreras
opone tu virtud ?
- HAB. ¡ Ah ! ¡ te comprendo !
y no mi riesgo , el suyo me amedrenta .
¡ Para subir al trono necesita
como escalon primero mi cabeza... !
¡ Llévasela , Caleb ! ¡ Sí , que el ingrato
sacie su rabia , selle su vergüenza !
¡ Llévasela , Caleb ! que á su Egilona
se la presente escualida , sangrienta :
digno trofeo de victoria infame ,
y de nefando amor nefanda ofrenda .
- CAL. Oh , calla por tu bien , ó eres perdido :
he sentido rumor : alguien se acerca .
Abdalasis será .
- HAB. Venga en buen hora ;
sí , venga el tigre á devorar su presa .
Llega , Abdalasis , llega ; aqui me tienes .
- CAL. (*Deteniéndole.*)
Me espones ó me obligas...
- HAB. (*Sin oírle.*) Si deseas
mi sangre , que es tu sangre , ¡ oh Abdalasis !
sácala gota á gota de mis venas...
- CAL. ¡ Quieres perderte... ! ¡ bien... ! que no te he visto

finje al menos , por Dios.
(Entrando por una puerta lateral con prisa.)
 ¡ Maldito seas,
 incorregible loco !

ESCENA XI.

HABIB. ZEYAD.

- HAB. ¿ No me engaña
 la vista...? ¡ Santo Dios...! posible fuera
 que en España Zeyad... *(Entra Zeyad.)*
¡ Zeyad !
- ZEYAD. ¡ Oh ilustre
 y valeroso Habib! llegado apenas
 al suelo ibero con afan te busco :
 gracias al cielo doy que te presenta
 por fin á mis miradas.
- HAB. Noble anciano ,
 ¿ cómo es que á España llegas sin que sepa
 el que la manda tu venida?
- ZEYAD. *(Con aire cauteloso.)*
 Vengo de Siria con mision secreta ,
 que debes hoy saber.
- HAB. ¡ Dila !
- ZEYAD. No puedo.
- HAB. ¿ Por qué ese aspecto de terror? ¿ recelas
 de alguno aqui ?
- ZEYAD. ¡ Salgamos !
- HAB. *(Cuidadoso.)* De tu amigo
 y compañero Muza , cuya ausencia
 aflige á España , dime , ¿ qué noticias
 nos puedes dar?
- ZEYAD. Te las diré , mas fuera :
 aqui debo callar.
- HAB. ¡ Oh! si es que sabes
 la desgracia , Zeyad , que tanta pena
 hoy en los buenos musulmanes causa ;...
 si á tí llegó la fúnebre querella
 del afligido pueblo , que deplora
 del triste Emir la ceguedad funesta...

ZEYAD. ¡Habib! ¡qué dices!

HAB. Que tu duelo mudo
me declara, Zeyad, lo que quisiera
disimular tu voz: que apenas pisas
el suelo infausto de la infausta Iberia,
ya la desdicha que lamento lloras.

ZEYAD. Abdalasis...

HAB. Lo sé: de su alma bella
las esperanzas que fundar solias,
dulces, hermosas y elevadas eran;
y el desengaño lamentable tocas
turbado el corazón, muda la lengua.
Mas no debes huir; Zeyad, no debes
abandonar al triste cuando yerra:
piadoso el cielo te conduce; acaso
salvarle, amigo, del abismo puedas
con tu virtud, tus venerables canas,
tu fervoroso celo y tu elocuencia,
y por tu mano volverá guiado
del deber sacro á la olvidada senda.

ZEYAD. ¡Mas cómo! ¿es cierto que culpable juzgas
al que tu amigo fue?

HAB. Sobrado cierta
es su culpa fatal: trémulo el labio
y embargada la voz te lo confiesan.
La lealtad, la fé de sus mayores,
todo en un punto lo olvidó: sedienta
de mandó y de placer está su alma,
y amor con sus delirios, la diadema
con su aciago fulgor... todo se auna
para arrastrarle á la garganta abierta
de un hondo precipicio. Las bondades
del invicto Califa; tantas pruebas
de su regio favor, nada le pára;
y en su ambicion frenética la diestra
tiende, Zeyad, para empuñar el cetro.

ZEYAD. Ese secreto que tu voz revela
un peso enorme al corazón arranca.
¡Siempre es justa de Dios la Providencia,
aunque á veces profunda, impenetrable!

HAB. ¿Dices, señor, que un peso te aligera
del corazón el crimen de Abdalasis?

¿Su ingratitud, su aberracion celebras,
tú, súbdito leal?

ZEYAD. No, no me entiendes,
ni aqui esplicarme puedo.

HAB. Tu cautela
me confunde, Zeyad.

ZEYAD. *(Con misterio.)* ¡ Oh amigo ! ¡ escucha !
Cuando tu noble corazon me ruega
que con mi celo del Emir la gloria
hoy procure salvar ; cuando me alientas
á que animoso al súbdito rebelde
torne á la senda del deber , en esta
mano que ves temblar , guardo un escrito
que otro deber me imponc.

HAB. ¡ Dilo ! aumentas
mi agitacion cruel.

ZEYAD. Toma : en silencio
este pliego examina.

*(Entrega á Habib un pliego, que aquel lee con visible
usombro y agitacion, hasta que lo deja caer dando un
grito y cubriéndose la cara con ambas manos.)*

(Mientras lee Habid.) ¡ Cómo tiembla !

¡ Desventurado Habib !

(Recoge el pliego que dejó caer Habib.)

HAB. Ahora que sabes
á lo que vengo , di : ¿ qué me aconsejas ?
(Con violento esfuerzo y voz entrecortada.)
¡ Dios es justo , Zeyad... ! ¡ Viva el Califa
que del difunto la corona hereda !
Mas ¡ Muza... ! ¡ Muza... de la Arabia gloria... !
¡ Yo inclino reverente la cabeza ,
y callo y tiemblo. — ¡ Dios, Dios solo juzga
á los que son su imagen en la tierra !

ZEYAD. ¿ Luego debo cumplir... ?

HAB. *(Con extrema emocion.)* ¡ Deber es tuyo !

ZEYAD. ¡ Pero deber atroz !

HAB. Cuanto mas cuesta,
es cumplirlo , Zeyad , virtud mas grande.

ZEYAD. *(Dudoso.)* Asi tu voz me dicta...

HAB. *(Con entereza.)* ¡ La obediencia !

ZEYAD. ¿ Y el pueblo y el ejército pasivos
nos dejaran obrar... ?

HAB. Que nada sepan
 hasta la hora solemne. Mucho temo
 que el Divan y las tropas resistencia
 intenten oponer: aquellos mismos
 que todos los obstáculos desprecian
 para saciar su furia en la cristiana;
 que hoy por do quier frenéticos elevan
 unánime clamor, no sin espanto
 lo que ese pliego misterioso encierra
 llegarán á entender. Pero cumplido
 nuestro deber será.

ZEYAD. Que se prevengan
 las huestes de tu mando á sostenerlo.

HAB. Siempre estan prontas á mi voz: no temas.
 Mi obligacion conozco: sin demora,
 mas con prudencia, en todo se proceda,
 y hasta tener el éxito seguro
 tu fatal comision oculta sea.

ZEYAD. Sin dilacion salgamos del alcázar. *(Sale.)*

HAB. *(Sigiéndole con gran emocion y como si luchase
 con un impulso que le lleva hácia la habitacion de
 Abdalasis.)*

¡ Omnipotente Dios! ¡ de la flaqueza
 que esta lágrima arranca de mis ojos,
 no me demande tu justicia cuenta! *(Vase.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.



CUADRO PRIMERO.

Prision de don Rodrigo, alumbrada débilmente. Es de noche. El preso, encadenado, estará echado en un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA.

RODRIGO.

¡Qué largas horas! ¡qué infernal suplicio
sufre mi corazón! El tiempo tardo,
casi inmóvil parece. Nada espero;
é inquieto, sin embargo, y agitado
quisiera apresurar su lento curso.
¿Que nada espero dije...? ¡sí! el descanso
aguardo y pido de la tumba fría,
y en ella anhelo descansar al cabo
de mi azarosa vida. Del silencio
de la callada noche espero en vano
un reposo fugaz: voz misteriosa
cobra el silencio mismo, y resonando
en lo mas hondo de mi pecho triste
repite sin cesar el eco amargo
del bárbaro agareno. — *¡ Soy su esposo!
¡ muger y cetro te arrancó mi mano!*
(*Se levanta.*)

¡ Oh potestad suprema ! mi castigo
 mides por tu poder. De mis pecados
 tremenda expiacion en este dia
 me da, Señor, de tu justicia el fallo.
 Mas siempre grande, al peso de tu enojo
 no abates mi valor: por ti elevado
 desde el abismo de los males, siento
 que nuevo ser en la desdicha alcanzo.
 Por ella vuelvo á recobrar el brio
 que fue mi gloria en juveniles años,
 y ella será crisol de donde salga
 limpia mi vida del baldon pasado.
 Legue la historia en páginas sangrientas
 á la posteridad mi nombre aciago;
 mas tú, supremo Juez, que el alma miras
 y los dolores hórridos y largos,
 que en esta, acaso, mi postrera noche,
 el corazon acepta sin espanto;
 mitiga tu rigor con mi martirio,
 y á España mira compasivo y blando;
 que el almo sol, que en tus esferas brilla,
 no iluminó con sus fecundos rayos
 otra region tan deliciosa y bella,
 ni pueblo tan heróico y desdichado.

(Vuelve á echarse en el banco : momento de silencio.)

Nadie aparece : mi enemigo impio
 lento se muestra en realizar su amago :
 ébrio de amor y de placer, su pecho
 todo lo olvida de la dicha en brazos.
 Pero tiene tambien la desventura
 calma benigna en su supremo grado ;
 y tras su luengo padecer se rinde
 el corazon al plácido letargo.

(Comienza á adormecerse.)

Es breve muerte el sueño... dulce alivio
 del infelice... su beleño grato
 entorpeciendo al pensamiento, deja
 suspenso el triste y velador cuidado.

ESCENA II.

RODRIGO. CALEB, *que abre una puerta del foro y aparece con una tea en la mano.*

CAL. Todo en reposo yace: duerme el godo:
 ¡aborreciendo duerme...! ¡si un engaño
 acogió mi esperanza...! ¡no! resuenan
 en mis oídos los acentos claros
 de su indignada voz, cuando decía:
 —¡Soy tu enemigo: te aborrezco tanto,
 que seguro no estás si yo respiro! —
 Así lo dijo, y no podrá olvidarlo.

(Examinando la prision.)

¡Silencio, soledad, muros espesos...!
 ¡todo es propicio...! con su negro manto
 cubre la noche las tinieblas frías
 de esta horrible mansion, que convidando
 parece estar á los misterios tristes.
 ¡Suspira el godo...! ¡si me habrá escuchado...?

(Se acerca á Rodrigo.)

Dormido está; pero su inquieto sueño
 del corazón revela el sobresalto.

No sabe el infeliz que su existencia
 es preciosa á Caleb. Que por mandato

(Con risa feroz y amarga.)

de una boca divina, aquí me trae
 generoso designio. ¡Nunca el hado
 tan propicio me fue! ¡Bella Egilona!
 tú mi escudo serás, si golpe en vago
 descarga mi rencor. De tí venganza
 no ha de tomar el dueño enamorado
 contra el cual te rebelas; y si logro
 vengar mi amor por mano del cristiano
 que me ordenas salvar... el instrumento
 cuando una vez sirvió se hace pedazos;
 y tú quedas ¡oh hermosa! aborrecida
 del pueblo musulmán, sin otro amparo
 que el de mi compasión. ¡Llegó la hora!
 ¡basta de duda y de temor insano!
 ¡oh genio del rencor! ¡dame tu auxilio!

(Despertando á Rodrigo.)

por descubrir secretos que me niegan;
pero has logrado interesarme tanto
que mitigar anhelo tus pesares.

ROD. Algo quieres de mí: ¿con ese halago
qué perfidia disfrazas? ¡Dila pronto!

CAL. ¿Perfidia? ¿tal sospecha das por pago
á mi piedad sincera? Mas no intento
que á ella sola tributes engaño
profunda gratitud: vengo á salvarte
obedeciendo superior mandato.

ROD. ¡Quiere el Emir que viva!

CAL. No: que ordena
que en este calabozo sepultado
quede esta noche tu cadáver.

ROD. ¡Cierto!

Tú el verdugo serás, pues ya reparo
en tu cinto el puñal.

CAL. ¡Vengo á salvarte!

Tercera vez lo digo: presto y franco
quiero explicarme: escúchame: tu vida
una muger augusta á mi cuidado
encomendó benigna: por su orden
del borde del sepulcro te separo.

ROD. ¿Una muger mi vida te encomienda?
¡Su nombre di! ¡su nombre te demando!

CAL. ¡Egilona!

ROD. ¡Gran Dios! ¡la reina goda!

CAL. La viuda de Rodrigo; ¡si! con llanto
oyó, cristiano, la sentencia dura
que pronunció el Emir, y con recato
prudente luego me ordenó su boca
hacer por tí lo que ejecuto exacto.

ROD. ¿Mas no está unida al agareno infame?
¿Fragil, culpable, de su gloria en daño
no dió su mano al bárbaro enemigo
que el cetro godo quebrantó á pedazos?
¡Responde, musulman!

CAL. Con esas voces,
trémulas de furor, me has revelado
la causa grave del profundo encono
que guardas al Emir. En alto rango
has nacido sin duda: sangre ilustre

circula por tus venas : cual cristiano
celoso de tu culto , y cual altivo
y encumbrado español , el triste lazo
con que la viuda de tu rey se liga
á su vil destructor , ves con espanto.
Es noble y justa tu profunda pena ,
pues la ominosa union es un escarnio
que de la gloria de la estirpe goda
hace en España el vencedor ufano.

ROD. ¡ Escarnio , sí , que con su sangre impura
gota á gota vertida , no borrado
quedara dignamente ! ¡ Vil ultraje
que á encarecer y á maldecir no basto !
¡ Execracion á la muger impía
que alarde haciendo de su amor liviano ,
le eleva altar en miseras ruinas
del solio goda y los blasones patrios !

CAL. Severo juzgas á la triste reina
que , en su viudez y estéril desamparo ,
inútilmente resistió animosa
á un vencedor ardiente y temerario.
Cedió por fin , salvando su decoro
de un ultraje mayor. Tus graves cargos
no merece Egilona , pues debieras
solo acusar sus enemigos hados ,
y al indigno opresor que en este dia
un triunfo goza que con lloro amargo
paga , tal vez , la víctima infelice.

ROD. ¿ No lo ama , pues ? ¿ no lo ama... ?

CAL. Lo contrario :

lo aborrece sin duda : su cadena
quisiera quebrantar , y si una mano
hallara la infeliz , que generosa
le prestase su auxilio... ; mas yo callo !
súbdito del Emir no me conviene
este lenguaje usar , y á tí olvidarlo
la prudencia te dicta.

ROD. ¡ La prudencia
cuando me habla el honor ! ¡ Cuando me inflamo
en ira , en odio... ! ¡ Musulman ! la vida
que vienes á salvar , en holocausto
te rendiré gozoso , si á Egilona

ver un instante con tu auxilio alcanzo:
 CAL. ¡ Ver á Egilona...! natural y justo
 es que ambiciones espresaría cuánto
 tu doble pecho su favor estima.
 Lo comprendo muy bien: mas tan osado
 no te juzgo, cristiano, que te atrevas
 á arrostrar mil peligros por lograrlo.
 ROD. Ninguno me amedrenta.

CAL. Mas escucha
 una advertencia necesaria: acaso
 no esté sola la reina; que el esposo
 ávido de gozar hechizos tantos,
 no habrá podido en soledad dejarla,
 y en este instante á su amoroso lado...
 ROD. ¡ Oh! ¡ Calla! ¡ Calla!

CAL. El pundonor te agita
 cual pudiera el amor, y yo me aplaudo
 de hallar en tí tan dignos sentimientos;
 mas el recelo que espresé fundado
 es por desgracia. El ominoso yugo
 á que su cuello sometió temblando
 la infeliz Egilona, la prohíbe
 alzar la voz para llorar su agravio,
 y mísero juguete del capricho
 del ciego jóven...

ROD. ¡ No! que aun no ha cesado
 de palpar en mi encendido pecho
 un noble corazón: no está mi brazo
 privado aun de movimiento... nunca
 impunemente el árabe inhumano
 hollará torpe la virtud... ¡ qué digo!
 ¡ ridículo furor! Yo le amenazo
 inerme, preso... ¡ Bárbara cadena!
 (*Sacudiendo furioso sus cadenas.*)

¡ Este fuego voraz en que me abraso
 tus eslabones derretir no puede!
 CAL. Pero puede mi mano quebrantarlos,
 y á eso he venido, godo: no lo olvides.
 Soy gefe de la guardia del palacio:
 no lo olvides tampoco: partir debes
 dentro de algunas horas: libre campo
 puedo abrir á tu fuga: si cual creo

eres prudente y atrevido, un lauro
hoy á tu frente ceñirás.

ROD.

Al punto
llévame, musulmán, y aunque mis pasos
el mismo infierno detener quisiera
abriendo sus abismos, no me espanto.
Ver á la reina, libertarla debo
á cualquier precio.

CAL.

¡Bien! y yo en tu mano
pongo este acero, cuyo rudo golpe

(Le da un puñal.)

nunca la mía descargara en vago.
Este pliego que ves entrada libre
en el alcázar te dará: guiado
por mí serás á la secreta estancia
do con la reina, ó sin la reina, incauto
el Emir presto buscará reposo.

¡Libra á Egilona como buen vasallo!
Cumpliendo su mandato te liberto,
y el amor del Emir la pone á salvo
de su venganza fiera, si el destino
hoy se presenta á tu anhelar contrario.
Ella á los dos nos servirá de escudo:
en tu prudencia, en tu valor descanso.

ROD.

Salvarla quiero: de mis brazos caigan
estos hierros infames: cual el rayo
rápido mi furor, hiera, devore
al enemigo vil. ¿Cómo dilato
su castigo cruel...? Siento la sangre
mis venas abrasar... ¿Cómo no lavo
con la suya el baldon...? Corra á torrentes:
ya la demandan los iberos campos,
y el lecho y trono que manchó su crimen,
de esa sangre también estan avaros.
Yo solo, solo yo verterla debo...
ardiendo está el puñal; mas apagarlo
quiero en su corazón... ¿quién me detiene?
¿quién me detiene? ¿quién...? ¿dónde me hallo...?
¡Estos hierros aun!

CAL.

(Quitándole la cadena.) Quebrados sean;
que yo te escucho, en tu furor me inflamo,
y sediento también su sangre pido.

ROD. Su sangre ; ¡ si ! ¡ su sangre !

CAL. Con su opaco
velo la noche tu camino cubre.

Muda su voz , los fúnebres arcanos
nunca vendió de la venganza impía ,
y siempre fue del asesino amparo.

ROD. (*Estremeciéndose.*)

¡ Del asesino !

CAL. ¡ Ven ! ya estan deshechos
tus férreos lazos , y el puñal tu mano
trémula empuña : que al eterno sueño
pase el que duerme del amor en brazos.

ROD. ¡ El que duerme... ! ¡ mas yo... ! ¡ yo el asesino... !
¡ yo me quiero vengar asesinando... !

¡ Asi las faltas de mi vida borro !

¡ Asi soy español ! ¡ Asi cristiano !

CAL. ¡ Qué miro ! ¡ tú vacilas... ! ¿ tú , cobarde ,
el certero puñal de que te armo
dejas inútil en la ociosa diestra ?

¿ Pasó ya tu furor ?

ROD. Jamas con tanto
ímpetu me abrasó : de este recinto
salgamos presto , y yo sabré probarlo.
Mas toma tu puñal : no es esa el arma

(*Arrojándolo : Caleb lo recoge.*)

que está avezada á manejar mi mano.

CAL. ¿ Mas qué pretendes ?

ROD. Tus ofertas cumple ,
dame la libertad , que yo á mi cargo
tomo la justa y rápida venganza.

¿ Está estinguida para siempre acaso
la raza goda que en gloriosos dias
quebrantó el cetro del poder romano ,
y vió temblar atónita la Europa
al galope fatal de sus caballos... ?

¿ Murió tal vez con su postrer monarca
de Turismundo el pueblo denodado ?

¿ La España entera , cual su trono augusto ,
ha sepultado el Guadalete infausto... ?

¡ Vive la patria , aunque infelice ! ¡ vive ,
y el momento solemne está aguardando
en que las nubes que su gloria cubren

rasgue al lucir de su venganza el astro !

CAL. ¡ Mas dónde estan los fieros vengadores !

ROD. Déjame libre , y yo sabré buscarlos.

CAL. ¡ Necia esperanza é importuno ruego !

Vuelve en tu acuerdo ; pues benigno le abro camino á tu rencor , no lo desprecies por acoger tus sueños insensatos.

El tiempo vuela ; decidirte es fuerza.

Piensa en tu reina , miserable blanco de injustos odios y de amores torpes.

Recuerda que tal vez su pecho casto en este instante , sucumbiendo al miedo , asilo presta al opresor tirano.

ROD. ¡ Vil tentador ! ¡ aparta ! Nunca , nunca instrumento de infame asesinato

esta mano será. ¡ Dame otro medio !

CAL. El único que existe te señalo :

no hay otro : presto tu eleccion decida.

ROD. Si me sacas de aqui , yo solo basto...

CAL. La libertad rechazas.

ROD. ¡ El delito !

CAL. ¡ Ó matar ó morir es necesario !

ROD. ¡ No prometiste... ?

CAL. Libertar tu vida ;

mas otra vida demandaba en cambio.

No hay otro medio , ¡ godo ! lo repito :

ó matar ó morir.

ROD. Tu pecho falso

dejas en descubierto : ¡ te comprendo !

era tu objeto por agena mano

satisfacer , cobarde , tus rencores ,

y los tuyos vengar , no mis agravios.

Aborreces al dueño que te manda ;

mas en tus iras , como vil esclavo ,

la impunidad con la venganza buscas.

ESCENA III.

DICHOS. EGILONA.

(Egilona aparece por donde antes Caleb, y se detiene un momento.)

CAL. (Sin verla.)

Poco me importa lo que dices, cuando no ha de poder tu boca repetirlo.

Aborrezco al Emir, lo has acertado:

instrumento buscaba de mi rabia

en tí, que por tu mal con un engaño

lograste seducirme: nada niego:

¿qué mas quieres saber? ¡Alegre, ufano

de conocer mis sentimientos, baja

al reino de la muerte á revelarlos!

(Le va á herir, y Egilona se lanza en medio.)

EGIL. ¡Detente, infame!

CAL. (Retrocediendo.) ¡Bárbaro destino!

EGIL. Sal al punto, traidor: ¡yo te lo mando!

CAL. De tu esposo las órdenes respeta:

sumiso á mi deber, de aqui no salgo,

que así lo manda aquel á quien venero.

EGIL. Estan en estas bóvedas zumbando

los acentos infames, que del alma

sacó á tu boca vil el arrebató

de tu ciego furor. Mas no una tumba

los ha de sepultar: ¡no, desdichado!

que á descubrir tus pérfidos designios

la justicia de Dios aqui me trajo.

Y tú, español... ¡oh cielos...! ¡tú...! mis ojos

ofuscados tal vez...

ROD.

No; no es engaño

de tu mente turbada: ¡oh Egilona!

¡mirame bien!

EGIL.

(Retrocediendo con espanto.)

¡Fantasma despiadado!

¿Siempre, do quier, habrás de perseguirme...?

¿Tu perpetuo furor jamas aplaco?

ROD.

¡Egilona!

EGIL.

¡Piedad!

- ROD. No del sepulcro
me levanto, muger: cese tu pasmo.
Aquesta mano que la tuya toca,
la misma es que en duradero lazo
con ella se estrechó.
- CAL. ¡Cielos!
- EGIL. (*Cayendo de rodillas.*) ¡Rodrigo!
- ROD. Nos junta Dios al fin: su nombre santo
bendice el corazón.
- CAL. ¡Qué estoy oyendo!
¡Vive Rodrigo! tu capricho alabo,
voluble suerte, que al hundirme operas
en mi favor tan súbito milagro.
- ROD. Levanta, ¡oh Egilona! que en mi pecho
mas que acerbo rigor, la piedad guardo
que tu suerte merece.
- EGIL. Mi vergüenza
aquesta tierra, do mi rostro abato,
debiera sepultar en sus entrañas.
- ROD. ¡Desdichada muger!
- EGIL. Dicte tu labio
la pena de mi crimen.
- ROD. ¡Te perdono!
- EGIL. ¡Me desprecias tal vez...!
- ROD. ¡Yo...! ¡te idolatro!
- (*La levanta en sus brazos.*)
- CAL. ¡Oh rabia! ¡oh celos! vacilar no debo:
¡salvarme quiero y que perezcan ambos! (*Vase.*)

ESCENA IV.

RODRIGO. EGILONA.

- ROD. ¿Por qué en mis brazos tiembles, y abundoso
corre en mi pecho tu encendido llanto?
Cálmate, ¡oh Egilona! si prudente
de tu flaqueza el pensamiento aparto;
si los embates de terribles celos
con firmeza tenaz sufro y rechazo;
si por hallarte el corazón disculpa,
exagera tal vez tu desamparo
y del vil opresor la tiranía;

¿por qué, repito, tu fatal quebranto
de mi memoria disipar no deja
el recuerdo cruel con que batallo?

EGIL. Culpable soy, señor; mas si tus ojos
pudiesen ver de mi desdicha el cuadro...
si supieses...

ROD. ¡Lo sé! víctima fuiste
de un tirano feroz, que atropellando
tu decoro real...

EGIL. A Dios pluguiese
que entonces á mi vista torpe y bajo
se mostrara, cual es: mas las virtudes
supo fingir que escitan entusiasmo.
Grande le vi; magnánimo, sincero,
encendido en amor sumiso y casto.
¡Hipócrita mintió! que era culpable
y adúltero su fuego: sepultado
allá en su aleve corazon tenia
de tu vida el secreto, y en tu daño
afilaba el puñal. La Providencia
salva mi honor, mas deja destrozado
para siempre mi pecho. Soy tu esposa:
aun puedo sin vergüenza pronunciarlo:
mas castiga, Señor, castiga justo
de un débil corazon el torpe engaño.
Deslumbrada...

ESCENA V.

LOS MISMOS. ABDALASIS. CALEB. ÁRABES *con hachas encen-
didas en las manos.*

CAL. ¡Allí estan!

EGIL. (*Al ver á Abdalasis.*) ¡Monstruo! ¿qué buscas...?

ROD. Busca á su presa: llega sin reparo,
Emir de España: la sentencia cumple
que torpe y necio retardó tu esclavo.
¡Descarga el golpe!

ABD. (*Desnudando la espada, y precipitándose hácia
Rodrigo.*) Sí; ¡nada respeta
el torrente que corre desbordado...!
¡todo el infierno en mis entrañas siento,
y en sed de sangre y de delitos ardo!

¡Muere!

EGIL. (*Abrazándose á Rodrigo.*)

¡Asesino! por mi seno debes
á tu espada buscar sangriento paso.

ABD. (*Fuera de sí.*)

Tú, desdichada, á mi pesar me arrastras
al abismo del mal: no, no combato
contra el destino que me acosa: ¡mueran
él y tú misma...! ¡tú!

EGIL. Menos malvado

serás, cruel, al destrozar mi seno
que al engañar mi corazón incauto.
Sacia tu rabia; la vergüenza venga
de ver que han sido tus intentos vanos,
y que á despecho de tu amor funesto,
á la tumba por fin sin mengua bajo.

ABD. ¡Sepáralos, Caleb!

EGIL. Ni el mundo todo

ya podrá separarme de sus brazos:
uno mismo será nuestro destino:
hiere de un golpe el corazón de entrambos.

ROD. Ya la oyes, musulman: ¿qué te detiene?

pues no has de ver tus votos coronados,
satisface tus iras; mas no imprimas
la mancha de un infame asesinato
en ese acero limpio, que sin duda
ya logró conseguir triunfos mas altos.
El puñal toma del verdugo inicuo
que en cumplir su deber ha sido tardo;
ese puñal que su nobleza digna
con laudable intencion puso en mi mano,
y que ya fuera huésped de tu pecho
si supiera Rodrigo manejarlo.

CAL. ¡Mientes, cristiano!

ROD. ¡Calla, miserable!

(*A estas palabras que pronuncia Rodrigo lleno de imperiosa dignidad, Caleb, turbado y confuso, baja los ojos, y Abdalasis le fija una mirada penetrante y escrutadora.*)

EGIL. Yo á la faz de los cielos lo delato
como traidor y vil. — En mi martirio
(*Dirigiéndose á Abdalasis.*)

puedes gozar , ¡cruel! mas á ese esclavo
aparta de mi vista , y por tu vida
vela , que la traicion te está acechando.

CAL. (*Confuso y con voz trémula.*)

Con tal astucia sorprender intentan
¡oh Emir! tu corazon... mas atajado
el falso acento en sus gargantas quede.

ABD. (*A Caleb.*)

¡Al punto sella el atrevido labio!
Y tú, Egilona, mis pisadas sigue:
asi tal vez mi enojo mitigando
podrás salvar la vida de ese godo.
No cual presumes corazon de marmol
en este pecho encierro: que si ahora
ciego , agitado , á comprender no alcanzo
aun lo mismo que siento , yo te juro
que tu honor y su vida respetando ,
á mi razon consultaré.

ROD.

Mi vida

en tu poder está: su honor , en tanto
que respire mi pecho , ¡yo lo fio!

EGIL.

Y muerta ó viva , de mi esposo al lado
ya siempre me verás.

ABD.

¡Oh lucha impia!

¡Qué mas quieres de mí , cielo tirano!

ESCENA VI.

DICHOS. UN PAGE.

PAGE.

¡Invicto Emir! en férvido tumulto
se agolpan á las puertas del palacio
los musulmanes: con tu guardia pugnan
furiosos por abrirse libre paso
hasta tu estancia venerada.

ABD.

¡Cómo!

¿y qué demandan? ¡qué!

PAGE.

Cual Océano

que hierve al soplo de contrarios vientos,
un rumor sale pavoroso y largo
de la compacta multitud; mas solo
he podido entender... (¡de pronunciarlo
me avergüenzo , señor!) que en su demencia

una victima piden.

CAL. (*Aparte.*) Sus amagos
realiza Habib.

ABD. ¡Gran Dios...! el nombre dime
de la victima presto... ¿el mio acaso...?

PAGE. El de tu cara esposa.

ABD. ¡Miserables!

CAL. Propicia es la ocasion, no la perdamos. (*Vase.*)
(*Se oye un rumor de voces sordo y confuso.*)

PAGE. ¿Mas no me engaño...? ¡el alarido ronco
llega, señor, á este hondo subterráneo!
¿Será que en el alcázar los traidores
han penetrado ya?

ABD. ¡Voy á encontrarlos!

EGIL. ¡Tente, tente, señor...! ellos te escusan
de un crimen el borron: yo sola causo
ese tumulto: mi cabeza piden:
dásela, quede su furor saciado
y libre tú de la penosa lucha
que agora está tu pecho destrozando.

ABD. Mi muerte quieren: yo tambien la anhele:
no intentes resistir á un pueblo insano.

ABD. ¡Cesa, Egilona, por piedad...! ¡Rodrigo!
yo vuelo á defenderla... ¡mas si al fallo
sucumbo del destino... si ese pueblo
sobre el cadáver de su Emir pisando
osa aqui penetrar... de sus ultrajes,
de su brutal furor misero blanco
no dejes á Egilona. Yo mi acero
dejo en tu diestra... y á tu esposa al lado!

(*Dale su espada.*)

Igual será de nuestro amor el signo
si hoy por salvarla perecemos ambos.

(*Márchase con los árabes.*)

ROD. (*Sosteniendo á Egilona con el brazo izquierdo y
blandiendo con el otro la espada del Emir.*)

¡A ti, y á todo el mundo desafio!
¡que vengan á arrancarla de mis brazos!

EGIL. (*Siguiendo con la vista al Emir.*)

(*Toda la escena muy viva.*)

¡Ah! ¡va á morir...! mas tú, Rodrigo, huye
de este lugar, de confusion teatro;

pues á favor del general desorden
puedes ponerte del peligro á salvo.

ROD. ¿Cómo la fuga soportar pudieras?

EGIL. ¡Huye sin mí!

ROD. ¡Sin ti...! ¡Calla!

(*Crece el ruido y se aproxima.*)

EGIL. (*Enagenada, y postrándose á los pies de Rodrigo.*)

No callo,

que con mayor empeño lo repito.

Huye por Dios, mi vida abandonando,
que no es digna, señor, de que la salves
á precio de tu sangre; pues la infamo
en este mismo instante que á tus plantas
temblar me ves, y en el incierto labio
los votos sofocar que por el monstruo
que tu pecho amagó, culpable hago.

ROD. ¡Qué votos...! ¡tu temor...!

EGIL. ¡No es por mi vida!

ROD. (*Con acento trémulo y terrible.*)

¿Pues por quién...?

EGIL. Por la suya... ¡yo le amo!

ROD. ¡Amas al musulman...!

EGIL. ¡Ese es mi crimen!

Sálvate tú, señor, que castigado
será muy pronto mi culpable pecho
cual ya te anuncia el popular amago.

ROD. (*Con desesperacion.*)

Esto faltaba, ¡oh Dios...! ¡del caliz mio
apuro ya por fin el dejo amargo!

EGIL. (*Levantándose.*)

Se aproxima el rumor... si: por su presa
el pueblo viene cual furioso alano...

¡Huye, Rodrigo, si aun es tiempo, huye!
ó sin salvarme morirás... ¡yo salgo!

(*Va á lanzarse al encuentro de los amotinados, cuyas voces suenan cada vez mas cerca, y Rodrigo la detiene y dice con desesperacion los últimos versos del cuadro.*)

ROD. ¡No! que la Arabia con sus tribus venga;

¡quiero morir; pero morir matando!

(*Cae el telon entre el indignado clamor del pueblo.*)

FIN DEL CUADRO 1.º

CUADRO SEGUNDO.

Vista de lo interior de una mezquita : sobre un pedestal de marmol ondea el estandarte del Profeta , á cuyo pie se ve una espada desnuda y el libro del Corán. Al foro hay dos puertas , y arcos laterales sostenidos en columnas árabes que se supone conducen á las puertas principales del edificio.

ESCENA PRIMERA.

HABIB. ZEYAD , *entrando por una de las puertas del foro.*

ZEYAD. Entremos , caro Habib : nada interrumpe del silencio la calma : está desierto el sagrado recinto todavía.

HAB. En breve del Almuédano los ecos oiremos resonar , pues ya la aurora va disipando los nocturnos velos.

ZEYAD. Mas la costumbre del Emir conoces ; á la mezquita acudirá el primero á bendecir la luz del nuevo dia.

HAB. Acaso , amigo , en balde lo esperemos.

ZEYAD. Piensas tal vez que sospechar pudiera...

HAB. No , Zeyad , no ; que el fúnebre secreto nuestra prudencia impenetrable guarda. ¿ Mas por ventura ignoras el suceso que en el alcázar detenerle puede ?

ZEYAD. Nada sé , digno amigo ; que mi celo meditando tan solo en el designio que el deber nos impone , sin sosiego toda la noche en soledad velando me ha tenido.

HAB. Zeyad : yo del empeño grave , solemne , como tú afanoso

me ocupaba tambien : todo dispuesto lo tiene ya mi vigilancia activa. Mis huestes; el Divan; del sacro templo los ministros sublimes...; todos saben la obligacion que les impone el cielo , y cumplida será. Mas á mi oido en medio del afan que tan inquieto me tuvo sin cesar , llegó una nueva que nadie acaso ignorará en el pueblo , sino tú.

ZEYAD. ¡Dila!

HAB. Sé que en la alta noche un impulso siguiendo , que confieso haber dado yo mismo , cuando el fallo ignoraba ¡ay de mí! que el triste pliego luego me reveló , se vió el alcázar por un tropel cercado de agarenos ; que anhelando salvar la gloria escelsa del desdichado Emir , con ronco acento y amenazantes voces demandaban la sangre de la goda.

ZEYAD. ¿Mas su empeño qué resultado tuvo?

HAB. Yo lo ignoro : aun duraba el tumulto cuando al templo la empeñada promesa me condujo. La tuya cumples , pues en él te encuentro , y sabedor de lo que pasa , pido que me ilumine tu leal consejo , y si mudar de plan...

ZEYAD. Pero las tropas...

HAB. A una voz llegarán : cerca las tengo.

ZEYAD. Las que al Emir adoran , no lo dudes , son muchas , caro Habib.

HAB. Se dice empero que por su propia guardia abandonado esta noche se vió. Tal vez incierto ese rumor será : ¿mas qué recelas , asegurando el éxito el misterio con que á la ejecucion nos preparamos?

ZEYAD. Los iniciados mismos...

HAB. Yo por ellos

respondo , amigo : su reserva fio.

ZEYAD. Siento rumor : ocúltate.

(Se ocultan entre las columnas de la izquierda del actor.)

HAB.

Cubierto

y receloso un hombre se aproxima
entre aquellas columnas.

ZEYAD.

Si; lo observo.

ESCENA II.

DICHOS. CALEB.

(Los interlocutores anteriores se ocultan tras una columna de la izquierda del actor. Caleb aparece por la derecha, acercándose al pedestal que sostiene el estandarte.)

CAL. Prestarme pueden los sagrados muros
asilo momentáneo. De mi riesgo
el anciano Mufti compadecido,
tal vez amparo me dispense: aliento
podré tomar al menos, aguardando
el éxito del sacro juramento
que pronunció el Emir: ¿podrá cumplirlo?
muy pronto se sabrá.

HAB.

(A Zeyad.)

Conocer pienso
al hombre que se oculta: no me engaño:
se acerca y es Caleb: salir podemos:
de su venida indagaré la causa,
y del motin el resultado cierto.

ZEYAD. Útil nos puede ser aqueese moro.

CAL. *(Retrocediendo al ver á Zeyad y á Habib, que se le acercan.)*

¡Alguien habla! ¡dos hombres...! ¡me estremezco!
A estas horas...

HAB.

¡Caleb!

CAL.

¡Oh Habib! ¡bendito
el instante feliz en que te veo!
inútilmente te busqué esta noche
en medio del tropel: mas di, ¿podremos
permanecer aqui? ¿No habrá peligro
si llegando el Emir...?

HAB.

Caleb , con tiempo

te podrás ocultar , si te interesa
su presencia evitar ; pero te ruego
nos digas pronto el término que tuvo
el popular arrojo.

CAL.

No te creo ,
señor , artificioso ; mas estraña
esa ignorancia me parece , siendo
tú mismo gefe del tumulto.

HAB.

Juro

que en él no estuve ; pero no te niego
que yo á escitarlo contribuí , y ansioso
su resultado conocer anhelo.

CAL.

¡ Oh ! ¡ qué noche , señor ! dichoso eres
si no te viste como yo revuelto
en el tropel insano : resistia
tenaz la guardia los embates fieros
de la iracunda multitud , que acaso
cediera al fin con torpe desaliento ,
si yo , por otro riesgo compelido ,
no acudiera veloz con mi denuedo.
Mas tu nombre invoqué ; con altas voces
lice entender que el popular objeto
era salvar la gloria de Abdalasis
y respetarlo siempre : que sus riesgos
únicos eran los infames pactos
que de su amor en el delirio ciego
con los viles cristianos celebraba :
que las gracias tal vez sus labios mismos
nos diesen pronto , por haber quitado
ante sus pasos el fatal tropiezo
que despeñarlos puede en un abismo.
De mis palabras el feliz efecto
en breve contemplé : la guardia toda
cesa de resistir : penetra el pueblo
sin encontrar obstáculos : lo guia
mi airada voz al calabozo horrendo
do se oculta la goda , que reclamo
jurando ser su ejecutor sangriento.
Ya el momento tocamos , pues en balde
frenético el Emir se lanza en medio
con la espada desnuda , y amenaza

con ronca voz y formidable gesto.
Del tumulto cercado y oprimido,
bañado de sudor, roto el acero,
se encuentra al fin.

HAB.

¿Y entonces...?

CAL.

Determina

á su esposa salvar á cualquier precio,
y jura por su honor que al sacrificio
de su fatal pasion está resuelto;
que solo exige no manchar con sangre
de una débil muger, el lustre terso
del nombre musulman.

ZEYAD.

¿Mas la cristiana

qué destino tendrá?

CAL.

Su juramento

solo asegura que el infausto lazo
que con ella le unió será disuelto.
Con esta condicion al pueblo aplaca,
cesa el clamor y aléjase disperso
el grupo inmenso que invadió al palacio,
y que yo en vano detener intento.

HAB.

¿Y por qué detenerlo?

CAL.

Porque dudo

cumpla el Emir su oferta: porque temo
que pasado el peligro su venganza
no tardará en caer, y yo el primero
seré inmolado.

HAB.

¡Tú!

CAL.

Y has de seguirme

si no me engaño, Habib.

HAB.

De ese recelo

libre puedes estar; que yo lo fio.

¿Mas no vendrá el Emir, cual suele hacerlo,
á la oracion de la mañana?

CAL.

Nada

puedo saber, señor, aunque sospecho...

HAB.

¡Calla...! un rumor de pasos y de voces
pienso escuchar.

ZEYAD.

¡Caleb! siguenos presto.

CAL.

¿Algun asilo tienes do seguros...?

ZEYAD.

¡Guarda silencio y obedece!

HAB.

¡Cielos!

¿El instante fatal habrá llegado?

ZEYAD. Por esta puerta sin demora entremos.

(*Se van los tres por la puerta del foro por donde entraron antes Habib y Zeyad.*)

ESCENA III.

ABDALASIS. EL PAGE, *por las columnas de la derecha del actor.*

PAGE. No es prudencia, señor, que solo salgas hoy del alcázar; pero ya lo has hecho y únicamente te suplico dejes que marche á prevenir á los guerreros de cuya lealtad seguro te hallas.

ABD. Prevenidos estan: con ellos cuento: mas calma tu temor; ningun peligro corro yo, ¡page fiel! Por otro objeto mis inquietudes son, y de ellas libre quedará en breve, ¡sí! Fatal sosiego muy pronto gozaré... ¡Cuán venturoso fuera ¡ay de mí! si en anhelar perpetuo vivir pudiera; mas por ella siempre!

PAGE. No comprendo, señor.

ABD. ¡Tú, que un momento no me has abandonado; que mas digno eres de mi cariño, de mi aprecio, que los amigos perfidos que tanto han lastimado mi sensible pecho...! tú, pobre jóven, hoy serás testigo de un sacrificio doloroso, inmenso, que á la virtud tributo. Si algun dia, cuando yo yazga en el reposo eterno, con vil calumnia se mancilla el nombre de tu triste señor, cuenta el esfuerzo terrible, heróico, que verán tus ojos, y haz que enmudezca el detractor acento.

PAGE. ¿Quién podrá calumniar tu virtud pura?

ABD. Retírate un instante, que orar quiero mientras llegan las huestes y... los godos, que aguardo aqui.

PAGE. Señor, velando quedo

en esa puerta.

ABD. Bien ; mas antes dime :
¿ los dos cautivos cuyos duros hierros
quebrantó ayer mi mano , se encontraron
en Sevilla ?

PAGE. Sí , Emir ; y yo , cumpliendo
mi comision secreta , los conduje
hace un instante á la mansion del preso .
Aqui vendrán con él y con tu esposa ,
cual lo ordenó , señor , tu propio acento .

ABD. Vé y aguardalos .

(*Vase el page , y Abdalasis se arrodilla al pie de la columna.*)

¡ Dios ! ¡ Dios soberano ,
cuya mano sostiene al universo !
¡ Tú , que con ojos paternales miras
desde el monarca hasta el humilde insecto ,
y al corazon de los mortales mandas
cual al voluble mar y al vago viento ;
fortalece , Señor , el alma mia ,
y aliénteme tu voz , si desfallezco
al consumir el sacrificio crudo
que la austera virtud me está pidiendo !

(*Se levanta.*)

PAGE. (*Volviendo.*)

Invicto Emir , ya llegan los que aguardas .

ABD. (*Apoyándose en la columna.*)

¡ Un helado sudor baña mis miembros... !
¡ mi cabeza se turba... ! ¿ podré verla
y sin morir... ? ¡ ya llegan... ! ¡ santo cielo !
¡ sostén mi esfuerzo , que sucumbe !

ESCENA IV.

DICHOS. RODRIGO. EGILONA. LOS DOS GODOS *del acto primero.*
GUERREROS ÁRABES .

EGIL. (*Al entrar.*)

¡ Toda
la sangre al corazon acudir siento !
¡ Allí está... ! ¡ justo Dios ! ¿ con qué designio
á este lugar nos llama... ? No lo acierto .

ABD. (*A los guerreros y page, señalando á la derecha suya.*)

Esas puertas guardad: que nadie ose penetrar hasta aquí. ¡Oh instante fiero!

(*A Rodrigo y godos.*)

¡Llegad vosotros! (*Se van los guerreros.*)

ROD.

De mi suerte el fallo

diga breve tu voz, pues nada entiendo de cuanto veo y oigo: nos conducen tus guerreros aquí, que según pienso es un recinto para tí sagrado; mas callan con tesón, y tus intentos no alcanzo á penetrar. ¿Será que juzgas que el vapor de mi sangre, cual incienso, tu falso Dios aceptará propicio si la derramas en su altar cruento?

ABD.

El Dios, cristiano, que mi pecho adora, es aquel Dios cuyo poder supremo publican por do quier, de un polo al otro, los astros del sublime firmamento.

Es aquel Dios sin nombre, ni figura, mas fuerte, sabio, poderoso, inmenso, que no reclama de los hombres culto, ni altar exige, ni demanda templo.

Sus aras son los puros corazones; para santuario tiene al universo;

y las ofrendas que al mortal le pide virtudes son y generosos hechos.

Aquí y en todas partes yo le miro:

aquí y en todas partes le venero,

y hoy mas que nunca á su eternal justicia el homenaje que le agrada ofrezco.

EGIL.

(*Ap.*) ¡Oh acento engañador que aun me seduce!

ROD.

¿Mas ese Dios omnipotente y bueno, que conoces y adoras, qué te dicta hacer con tus cautivos...? ¡dilo presto!

ABD.

Vas á saberlo al punto. Los frágosos montes, que al septentrion del suelo ibero corona son de la soberbia Asturias, prestan asilo á los cristianos fieros que sufren de la suerte los rigores sin dar al yugo los altivos cuellos.

La libertad salvaron y la gloria
entre ruinas de tu vasto imperio,
y admiramos los mismos vencedores
de su heróico teson el digno estremo.
Tú, que fuiste su rey, á su destino
corre á enlazar el tuyo; yo te dejo
franco camino, y aun te brindo escolta
hasta llegar al término postrero
de los dominios en que mando: sigan
tus pasos los que el largo cautiverio
contigo soportaron; pues peligro
corrieran en Sevilla, cuando ciegos,
de la supersticion al vil impulso
se abandonan los nobles agarenos,
y mi voz desatienden.

ROD. (*Con sarcasmo.*) Desarmólos
esa voz, sin embargo, segun creo,
en la pasada noche: ¡generoso
quieres mostrarte, Emir, mas te comprendo!
Pasó el peligro ya: tranquilo puedes
gozar de tus amores, si yo lejos
de Egilona respiro... y ella acaso
allá en su pecho te reserva el premio
de la piedad magnánima que usas
la segur apartando de mi cuello.

ABD. ¡Egilona!

EGIL. (*A Abdalasis, con dignidad y emocion.*)

Señor, un sacro nudo
me enlazó con Rodrigo: me someto
á aquella suerte que le des; pues nunca
ya separarme de su lado debo.

ABD. ¡Esposo injusto y venturoso! goza
de unos acentos que en mi triste pecho
vierten letal ponzoña. — ¡Cual merece
hazla feliz!

(*Toma la mano de Egilona, y entregándosela á Rodrigo
pronuncia con esfuerzo las anteriores palabras y las
que siguen.*)

ROD. ¡Qué escucho!

ABD. ¡Te la vuelvo!

Y tú, señora, al recordar un dia
este instante cruel, confiesa al menos

que si adquirirla con delitos quise,
al renunciar mi dicha la merezco.

ROD. (Ap.) ¡Ambos se inmolan...! ¡ó virtud...!

EGIL. (A Abdalasis.) Permite
que á tus plantas, señor... ¡Oh! ¡yo fallezco!

ABD. Basta, Egilona... ¡A Dios! El tiempo vuela.
¡Parte, Rodrigo!

ROD. ¡Musulman! yo mesmo

el justo elogio, que demandas franco,
aqui y en todas partes te concedo.

No de Jerez en la feral batalla

tan vencido me vi, cual hoy me veo;

ni tu triunfo mayor has conseguido

al arrancarme de la mano el cetro.

La tuya lo empuñó con tanta gloria

que es superior al mio tu derecho,

y católico, godo, destronado,

y rival tuyo en fin, no me avergüenzo

de confesar que tu virtud te hace

digno monarca del hispano pueblo.

ABD. Parte, Rodrigo, parte, que te juro

que aun nos hemos de ver: ¡sí! ¡yo lo espero!

Te buscaré: la suerte de las armas

otra vez probaremos; cuerpo á cuerpo

en combate mortal, los mútuos odios

desfogarán los encendidos pechos.

Te vengarás cual rey, ó yo mi saña

satisfacer podré cual caballero.

ROD. Siempre dispuesto me hallarás, que ansío

encontrarme contigo en campo abierto;

y acaso, Emir, la dicha te abandone

que hoy á tu pecho inspira atrevimiento.

Del voluble destino los halagos

debes mirar cual miro yo su ceño,

que nada influye en grandes corazones,

que se les muestre próspero ó adverso.

De ir á buscarme la fatiga escusa,

que en venirme á encontrar no seré lento:

mas no cual rey por recobrar el trono

que conservar no supe: con su imperio

se hundió Rodrigo para siempre: nunca

su gloria y su baldon revivir quiero.

¡Jamás el cetro cobrará la mano
 que cargada se vió de infames hierros;
 ni ceñirá mi frente la corona
 que hice rodar en el impuro cieno!
 De España heróica el ominoso yugo
 forjaron mis delitos: por romperlo
 solo ambiciono conservar la vida,
 y por eso también perderla anhelo.
 Al godo ilustre que el pendon tremole
 de patria y libertad, seré el primero
 que acataré, como soldado humilde,
 á obedecer y á combatir dispuesto.

¡Pueda la sangre del Rodrigo oscuro
 lavar las manchas del Rodrigo regio,
 y libre España me conceda un día
 pobre sepulcro en su adorado suelo!

ABD. Conquista ese sepulcro glorioso.

ROD. (*Desenvainando la espada que le dió Abdalasis.*)

¡Para alcanzarlo, Emir, basta tu acero!

ABD. ¡No más prolongues mi martirio crudo!

los que allí ves, intrépidos guerreros,
 te servirán de escolta. ¡Partid, godos!

ROD. (*En ademán de partir.*)

¡Nos veremos, Emir!

ABD. ¡Si! ¡nos veremos!

GODO 1.º Tu mano dame, musulmán invicto.

¡Con Dios te queda!

ABD. (*Le da su mano, pero solo mira á Egilona, que conmovida y trémula sigue á Rodrigo.*)

¡Oh Egilona...! ¡Cielo!
 ¿que más demanda tu rigor?

ESCENA V.

LOS MISMOS. CALEB. ZEYAD. HABIB. GUERREROS ÁRABES y MOROS. — *En el momento en que termina Abdalasis las últimas palabras de la escena anterior, se apoya inclinado sobre la columna, y abriéndose las puertas del foro aparecen por la una Caleb, Habib y algunos moros; y por la otra Zeyad con guerreros arábes. El diálogo indica los varios movimientos de esta escena, que debe ser muy viva y rápida.*

CAL. (*Precipitándose con la espada desnuda hácia Abdalasis.*)

¡Tu sangre!

¡muere, rebelde Emir!

ROD. (*Parando con su acero el golpe que dirige Caleb á Abdalasis.*)

¡Infame siervo!

CAL. (*A los suyos.*)

¡Moros! ¡el premio nos aguarda!

ROD.

¡Baja

á buscarlo ¡traidor! á los infiernos!

(*Caleb y Habib, defendiéndose con los suyos, retroceden y desaparecen por la misma puerta por la que entraron á la escena. Rodrigo y los godos los acosan con furor. Egilona, que en el primer momento se lanza despavorida en pos de Rodrigo, vuelve junto al Emir cuando cercan á este Zeyad y sus guerreros.*)

EGIL. ¡Rodrigo...! ¡Emir!

ABD. (*Desnudando su acero y resistiendo á los que le acometen.*)

¡Traidores...! ¡Oh Egilona!

¡Dichoso soy si junto á ti perezco!

ZEYAD. (*A los suyos.*)

¡Bañe su sangre la columna pura
que al pendon santo y al corán eterno
presta ¡oh amigos! pedestal sagrado!

EGIL. (*Lanzándose entre Zeyad y Abdalasis: rechazada brutalmente por el primero cae desfallecida en la columna.*)

¡Asesinos!

ZEYAD.

¡Aparta! ¡Oh agarenos!

Cumplid vuestro deber.

ABD. ¡Guardias!
 ZEYAD. Tu muerte

es del supremo Juez alto decreto.
(Abdalasis lidiando con los árabes se entra por las columnas de la izquierda. Por la derecha salen al mismo tiempo el page y las huestes de Abdalasis.)

PAGE. ¡Traicion, oh musulmanes! nuestro gefe
 volemós á salvar.

ABD. *(Dentro.)* ¡Ah!!

ZEYAD. *(Volviendo á la escena, y saliendo al encuentro de los guerreros.)*

¡Deteneos!

Ya el fallo de la ley está cumplido.

PAGE. El Emir...

ZEYAD. *(Señalando á su izquierda.)*

¡Alli yace!

PAGE. *(Adelantándose y retrocediendo con espanto.)*

¡Muerto!

ZEYAD. Muerto.

PAGE. ¡Venganza, musulmanes!

ZEYAD. ¡Quién se atreve

á condenar de nuestro augusto dueño
 la severa justicia...? mis palabras,
 árabes, todos escuchad. ¡Silencio!

(Se adelanta al medio de la escena y habla con voz lenta y solemne. Cesa el ruido.)

Al sublime Walid, que el paraíso
 habita ya por siglos sempiternos,
 el grande Suleyman, su hermano insigne,
 ha sucedido en el poder supremo.

De su justicia inapelable fallo
 condenó á Muza á infamia y vilipendio,
 por traidor, desleal, y de sus hijos
 manda se rindan los altivos cuellos
 á la cuchilla de la ley, y sirva
 al mundo su castigo de escarmiento.

¡Viva el Califa, del Profeta Santo
 glorioso sucesor, y en este pliego,
 que la sentencia formidable guarda,
 sumisos acatad su augusto sello!

(Eleva el pliego y todos los musulmanes se inclinan con respeto cruzados de brazos.)

EGIL. *(Que empieza á volver en sí.)*

¡Abdalasis! ¿Dó estoy?

(Tendiendo una mirada de pavor por todo el recinto.)

¡Sangre! ¡qué miro!

¡Abdalasis! ¡mi bien!

(Se adelanta hácia donde está el cadáver y retrocede dando un grito profundo: del talento de la actriz que ejecute este papel depende el efecto de este momento; en el cual, como durante los versos que siguen, todas sus acciones mudas deben espresar las violentas emociones de su alma.)

ZEYAD. *(A Habib, que entra por donde antes salió, seguido de los dos godos y algunos guerreros árabes que rodean á aquellos.)*

¡Oh Habib! del reo

la suerte se cumplió: que de la tumba
goce el descanso su cadáver yerto.

HAB. Sí; y en la losa que á mi amigo encierre,
corra la sangre vil de los perversos
godos que le estraviaron. Defendido
por algunos rebeldes agarenos
y por su loca furia, de mis manos
logró escapar aquel á cuyo acero
rindió Caleb la vida; mas me siguen
dos de sus atrevidos compañeros,
que inmolados serán.

ZEYAD. Que un vil esclavo
huya de su castigo, no es objeto
digno de tu atencion. Vamos, amigo,
y sepulremos con piadoso celo
del triste Emir los restos miserables.

EGIL. ¡No, tigres! aguardad, que estan pidiendo
una víctima mas vuestros furores,
y otro cadáver su sepulcro abierto.
¡Abdalasis! ¡mi bien! la muerte vuelve
nuestra suerte á enlazar: del himeneo
tálamo augusto nos dará el sepulcro,
y en él será nuestro consorcio eterno.
¡Y vosotros ¡verdugos! de esa sangre,
que ha salpicado vuestros rostros fieros,
tambien por siempre llevareis la mancha
cual signo odioso de baldon horrendo!

Vuestra gloria cruel ¡ viles esclavos !
 empañá de esa sangre el vapor denso,
 y en vano gozareis algunos dias
 del astro de la dicha los reflejos.
 Mil héroes brotará do quier la tierra
 que fertiliza el ominoso riego,
 y en las alas del tiempo se aproxima
 la libertad del español imperio.

¡El estandarte de delito y muerte

(Arranca el estandarte del pedestal, y arrojándolo roto pone sobre él la planta.)

que yo destrozo y á mis plantas huello,
 con la memoria del dominio infando,
 roto y sin gloria heredará el infierno,
 al tremolar de Cristo los pendones
 de uno al otro confín del suelo ibero!

HAB. *(Arrojándose á ella con la espada desnuda.)*

¡Muere, blasfema!

EGIL. *(Tomando la espada sagrada que se ve en el pedestal, y clavándola en su pecho.)*

¡Pero no á tu mano!

Mi alma recibe, ¡ oh Abdalasis...! ¡siervos...!

¡verdugos! con la mancha de la sangre

(Espirando.)

de un héroe... yo... mi maldicion os lego. *(Muere.)*

HAB. ¡Se hizo justicia la cristiana impía!

Que esos viles tambien rindan su aliento
 en justa expiacion.

(Señalando á los godos.)

GODO 1.º ¡Sacia tu furia,

fanático cruel! pero te advierto

que no es un godo oscuro y miserable

el que burló tu sanguinario empeño;

que vengadores de delitos tantos

Asturias guarda en su fragoso centro.

¡Vive Rodrigo, musulmanes!

ZEYAD y HAB.

¡Vive!

GODO 1.º ¡Y Pelayo tambien...! ¡romped mi seno!

FIN DEL DRAMA.



o de estado.
de un coronel.
Veronés.
la tempestad.
improvisada.
el tapicero.
olterones.
e mas feo de Francia.
edana.

de una madre.
urias del diablo.
con dos puertas.

ofetones.
vedado.
io.
r interés.
ne vuelvo.
padre.
e Bilbao.
l.
Paulina.
de palo.
viuda y casada.
tante.
de Médicis.
ero de industria.
el leñador.
de Belle-Isle.
o.
co y la huérfana.
del hambre.
ripto.
lacion de los inocentes.
celosos.
icos del rey de Prusia.
ia de Castro.
bre de bien.
ajada.

eto de familia.
ntura de Carlos II.
nera.
ader flamenco.
tario privado.
rna de Alby.
lena.
nobleza.
Perez y Felipe II.

enga sus gravios.

y cobrar el cetro.
años despues.
l novicio.
os.
ito.
la ciegucecita.
tarios.
y el encojido.
uecas.
á.
al del Godo.
or razon la espada.
no de Guadalajara.
allo del rey D. Sancho.
ja de Lanjaron.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegri.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton!!!
Doña Maria de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afán de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca!
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodín.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillermo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La politico-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinár.
Vicente Paul.

La estreila de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amorios de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La euñada.
La hija del avaro.
La hosteria de Segura.
Me voy á casar.
Maria Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no
venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darligton.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra
Valeria.
Un poeta y una muger
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independentes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mi.
Honoría.
El capitán de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado
La reina por fuerza.
Toó jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.

La verdad por la mentira.
 La oliva y el laurel.
 La loca de Londres.
 Las colegialas de Saint-Cir.
 La feria de Mairena.
 Elisa, ó el precipicio de Bessact.
 El carcelero.
 Probar fortuna.
 Ya murió Napoleon.
 El que se casa por todo pasa.

Pedro Fernandez.
 El libelo.
 Los tres enemigos del alma.
 Bandera negra.
 La copa de marfil.
 La prensa libre.
 La parte del diablo.
 Memoria de un padre.
 Cuando se acaba el amor.
 El fanático por las comedias.

Floresinda.
 Jnan Tenorio.
 Periquito entre ellos.
 El diplomático.
 El parador de Bailen.
 La veneciana.
 La venganza de un pech.
 Beltran el napolitano.
 Españoles sobre todo.
 La accion de Villalar.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 400 producciones, de las que se han formado :

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

56 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

30 idem del **extrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de **CUESTA**, calle Mayor, y de **RIOS** en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Almeria, Gonzalez.--Alcoy, Marti Roig.--Alicante, Champourcin.--Burgos, Arnaiz.--Badajoz, Viuda de Carrillo.--Barcelona, Piferrer.--Bilbao, Garcia.--Cadiz, Moraleda.--Córdoba, Berard.--Coruña, Perez.--Granada, Sanz.--Jaen, Orozco.--Jerez, Bueno.--Leon, Miñon.--Lugo, Pujol.--Málaga, Aguilar.--Murcia, Gisbert.--Oviedo, Longoria.--Orense, Novoa.--Pamplona, Erasun.--Palencia, Santos.--Palma, Gelabert.--Santander, Riesgo.--Salamanca, Oliva.--Sevilla, Caro Cartaya.--Santiago, Rey Romero.--San Sebastian, Baroja.--Vitoria, Ormilugue.--Valencia, Navarro.--Valladolid, Hijos de Rodriguez.--Zaragoza, Yagüe.

En las mismas librerias se venden las obras siguientes :

Figaro: Cuatro tomos en 8.^o marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.

Alvarez: Derecho real, dos tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, dos tomos, 36.

Astronomía de Aragón: un tomo 14.

Estas tres obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesias de D. José Zorrilla: diez tomos que se espندن sueltos, 160.

— de **José de Espronceda**: un tomo, 24.

— de **D. Tomas Rodriguez Rubí**: un tomo 10.

Recuerdos y fantasias por don José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

Introduccion á la historia moderna, por D. Antonio Gil de Zárate: un tomo, 12.

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

Cuentos fantásticos de Hoffman, dos tomos, 12.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

El libro del pueblo: un tomo, 6.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo 6.

Composiciones del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.

El pobrecito hablador, por Larra: un tomo, 12.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.

Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion por Latorre: un folleto, 4.